
SOCIAL
MARZO de 1917
VOL II ~ Nº 3 ~ 30 CTS
MASSAGUER BROS Editores


ANUNCIOS KESEVEN
Hay
Placidez
en un
"Larrañaga"
Rudyard Kipling

VOL. II. LA HABANA, MARZO 1917. NUM. 3.



Portada de MASSAGUER.

Literatura:

Pintura:

Caricaturas:

Fotografías:

Otras Secciones:

Ilustraciones:

Dibujos de Massaguer y Rafael Blanco.

DIRECTOR: *Conrado W. Massaguer.*

Un año . . . . $ 3.00.
Número suelto . . . . „ 0.30.

CABLE Y TELÉGRAFO: MASSAGUER.

ADMINISTRADOR: *Oscar H. Massaguer.*

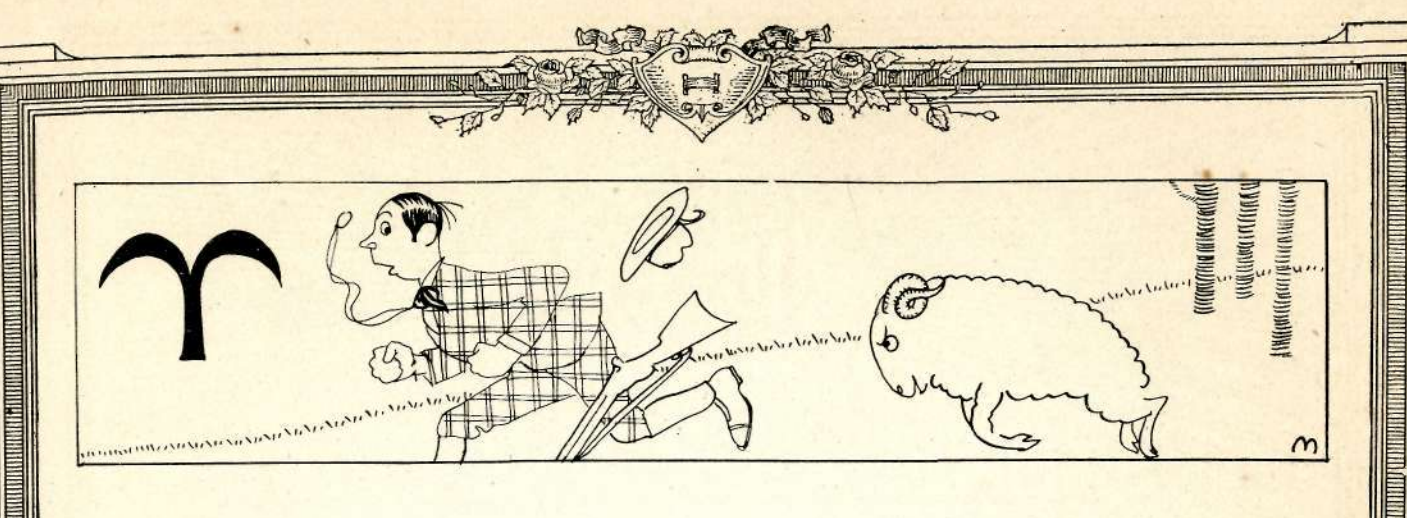
Un año (en el extranjero) . . . . $ 3.50.
Número atrasado . . . . „ 0.60.

TELÉFONO: I-1119.

Acogida a la franquicia postal como correspondencia de 2a. clase.

Editada mensualmente por MASSAGUER BROS. Avenida del Cerro 528.
(Edificio del Instituto de Artes Gráficas de la Habana.)


STERLING BRONZE CO
16-18 EAST 40TH STREET
NEW YORK CITY
Fundidores, importadores, diseñadores y fabricantes de bronces artísticos, lámparas, efectos eléctricos, ornamentos en metal, relojes, repisas, objetos propios para regalos. Nuestro salón de exhibición, es nuestro mejor catálogo. Contestaremos cualquier pregunta y deseamos entrar en correspondencia. -:- -:- -:- -:- -:-



¿QUIEN ES MARZO?

Por AURELIO CAPOTE CARBALLO.

MARZO, POR SU HONESTIDAD, POR SU SOBRIEDAD, MERECE NUESTRA SIMPATIA. ENTRE LOS DOCE DEL ZODIACO, MARZO ES, COMO SUS COMPAÑEROS SEPTIEMBRE Y DICIEMBRE, UN MES—PUENTE, TRANSITO OBLIGADO DE UNA ESTACION A OTRA;—MARZO ES MUY SERVICIAL. JUICIOSAMENTE, SIN ARROGANCIAS NI ALTANERIAS, CUMPLE SU ALTA MISION DE CONDUCIRNOS EN ALAS DE SUS BRISAS AL PALACIO SUNTUOSO DE LA SEÑORITA PRIMAVERA. NO TIENE LA TAIMADA SUTILEZA DE ENERO CON SUS DIAS OPACOS Y GRISES COMO UNA TRAICION, NI ES LOCO Y TUNANTE COMO FEBRERO, NI MIMOSO Y FRIVOLO COMO ABRIL, NI ORGULLOSO CON LA POMPA REGIA DE SUS FLORACIONES CUAL MAYO... MARZO ES SENCILLO, RECATADO Y SOBRIO. HASTA SE PERMITE EL LUJO DE TENER "SUS MELANCOLIAS", QUE PROVIENEN DE HABER NACIDO DEL HORRIBLE FRACASO DEL CARNAVAL. ESTO LE PROPORCIONA UN RICO CAUDAL DE EXPERIENCIA QUE LE HACE ADOPTAR CIERTO EMPAQUE ELECTORAL Y CIERTOS MIRAMIENTOS EN LA MANERA DE CONDUCIRSE... ESTOICO Y GRAVE, NO DERROCHA SU VIDA EN HOLGORIOS Y FESTINES Y A ESO LE ATRIBUYO YO SU LARGA LONGEVIDAD. HAY QUIENES CENSURAN, MARZO, TU "FUNEBRE MELANCOLIA" Y TE MOTEJAN EL SERVIR DE LECHO HOSPITALARIO DONDE AGONIZA EL INVIERNO. NO CONSIDERAN LOS TALES QUE SI ES CIERTO QUE RECOGES EL ULTIMO SUSPIRO INVERNAL, TAMBIEN LO ES QUE ASISTES AL BRILLANTE NATALICIO DE LA PRIMAVERA, HABIENDO RECIBIDO DE LOS DIOSES EL DON SUPREMO DE SER NUNCIO DE LOS CLAROS DIAS, VOZ PROFETICA DE LAS AUREAS BRISAS QUE SUAVIZAN LA FRENTE DE LOS LUCHADORES COMO LA CARICIA LEVE DE UNA MANO DE MUJER. TUS ENEMIGOS QUIEREN CONCRETAR EL FRACASO DEFINITIVO DE TU VIDA LLAMANDOTE "VENTOLERO". ¡VENTOLERO! PUEDES ENORGULLECERTE DE SERLO PORQUE CON TUS VENTISCAS PURIFICAS LOS CAMPOS CONTRIBUYENDO ASI A LA FECUNDA GERMINACION DE LAS FLORES Y LOS FRUTOS, Y PURIFICAS TAMBIEN LAS CIUDADES Y LAS ALMAS HACIENDOLES COMULGAR EN LA SUBLIME RELIGION DEL OPTIMISMO. PERO TU GENEROSIDAD NO ES AGRADECIDA. LOS POETAS—¡BUENA GENTE!—JAMAS SE ACUERDAN DE TI PARA CANTARTE EN SUS VERSOS. SUS FAVORES LOS REPARTEN ENTRE ABRIL MOZO Y MAYO GALAN. NI SIQUIERA OBTIENES EL DULCE PREMIO DE SERVIR DE COMPUTO A LOS AÑOS VENIDOS POR LAS ADORABLES ADOLESCENTES... NUNCA LAS FRAGILES MUÑEQUITAS HUMANAS DIJERON ACORDANDOSE DE QUE TU EXISTIAS: "¡TENGO QUINCE MARZOS!" ABRIL FUE EL PREFERIDO. ¡ABRIL, SIEMPRE ABRIL! ES TU MAYOR ENEMIGO. DEBIAS CONCLUIR CON EL.

EN PAISES COMO CUBA TUS DIAS, MARZO, COMIENZAN A SER VERDADERAMENTE TROPICALES; ATURDE LA FUERZA DE TU VIDA; PRINCIPIAS A AZUZAR EL FUEGO QUE DESLUMBRARA MAS TARDE, EN LA CANICULA, Y HENCHIDO TU SOL DE ARDIENTES LUMINARIAS EL REY DE LA CREACION ALTIVO, DESPOTICO, INCORRECTO CONTIGO TE HACE VICTIMA DE SUS IRAS, PORQUE, HECHO A LA HIPOCRESIA CLIMATOLOGICA DE TUS HERMANOS INVERNALES, LOS DESCONCIERTAS CON LA HOGUERA—CALOR DE VIDA—QUE ARDE EN TU CORAZON.

¡OH MARZO, POBRE CENICIENTA DEL ZODIACO! ¿CUANDO TE CONCEDERAN PERSONALIDAD?...



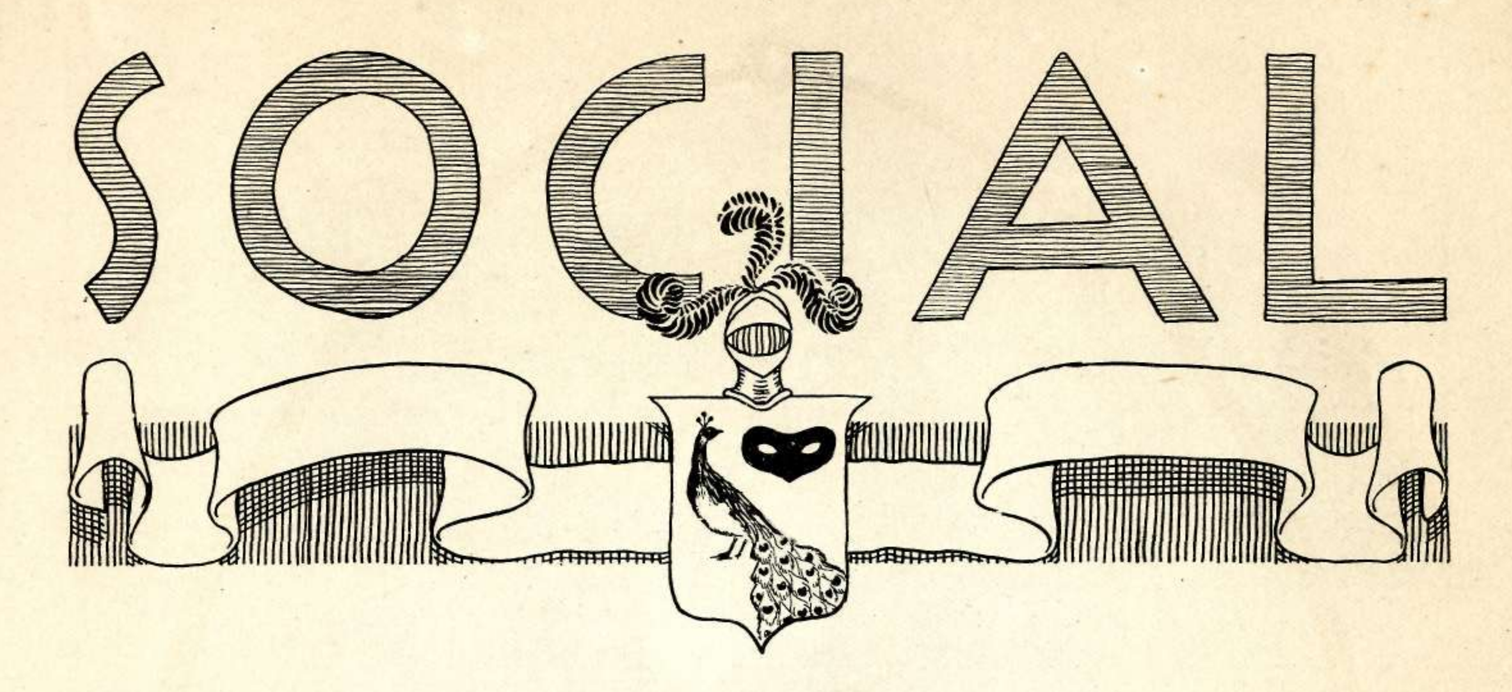


La Marquesa de Fontanar

Née María Guerrero

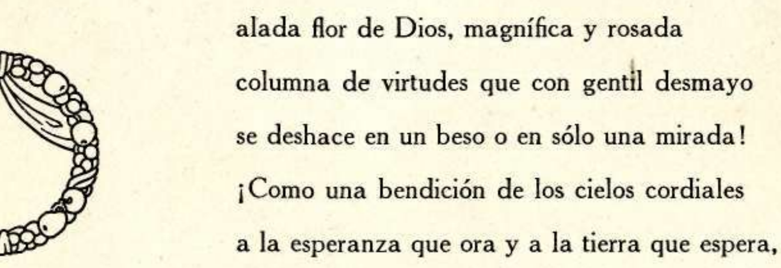
La noble dama, que ha unido a sus rancios pergaminos una heráldica más hermosa aún: su divino arte.

Fot. Kaulac.

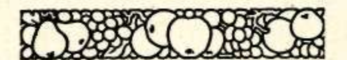


MUSA EGREGIA

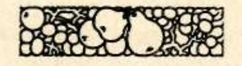
Por OSVALDO BAZIL.

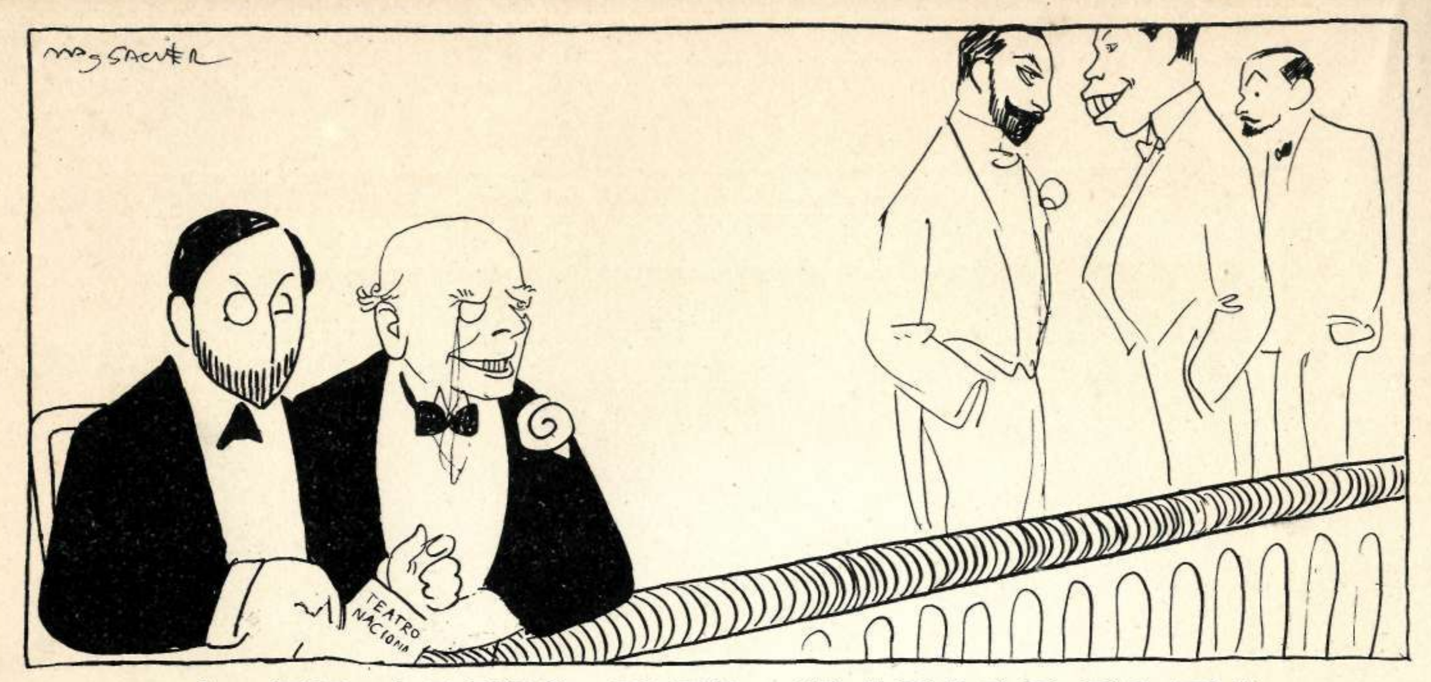


¡Concreción luminosa del Verbo azul de Mayo,
alada flor de Dios, magnífica y rosada
columna de virtudes que con gentil desmayo
se deshace en un beso o en sólo una mirada!
¡Como una bendición de los cielos cordiales
a la esperanza que ora y a la tierra que espera,
así cruzas mi mente, perpetuando rosales...
y algo de ti se queda por siempre en mi pradera!



¡Llama de arrobo primaveral que se consume
alumbrando en mis cielos y ardiendo en el perfume
del rosal que se extingue con mis trovas lejanas!
¡Dios premie la divina gracia de tu excelencia
de oro, de alba y de raso, y prenda en tu existencia,
el secreto de oro de las frescas mañanas!





A TRAVES DEL "MONOCLE"

Por HECTOR DE SAAVEDRA.



En una de las últimas noches de la temporada Guerrero-Mendoza contemplaba yo desde las alturas del palco del "Union", cómo iba poco a poco llenándose la sala y comenzaban a ocuparse "las plateas" y el "primer piso" con la concurrencia de elegantísimas señoras.

—Es curioso—me decía yo—cómo con la civilización hemos ido retrasando la vida. Ante el cañonazo de las ocho, en el siglo pasado, no había reloj que no estuviera acorde ni función que no se diera por comenzada. Bien es verdad que se comía de cuatro a cinco de la tarde y hoy se come cuando se tiene apetito.

Y en este "terreno" de la imaginación y la quimera di rienda suelta a las ideas pensando, como Goethe, que siempre hay algo de bueno en las peores cosas y que la perturbación política nos libró del bullicio canallesco del Carnaval, y quién sabe si también de falsos conceptos erróneamente entronizados en la conciencia pública.

Así pensando de lo bueno que es vivir la vida de las grandes ciudades donde reina el anónimo que tanto iguala y consuela, siento posarse una mano en mi hombro y oigo la voz del señor don Luis Medrano, que me dice:

—¿Viajando por el infinito, eh?

—Alrededor de mi cuarto, como Xavier de Maistre. ¿Y usted?

—He comido con el Conde de Romero y luego, por costumbre, me he venido al teatro.

Medrano es de una miopía increíble y a mí me falta ya la vista. El por mucho, y yo por poco, necesitamos el auxilio de los cristales.

Acodados a la barandilla del palco, proseguimos nuestra conversación. Hablamos del teatro que ellos dejaron vetusto y apolillado y encontraron nuevo y brillante. Naturalmente, como hombre de gusto, Medrano no dejó de decirme lo que todos sabemos: que la escalera monumental de la entrada es un horror y que con ella se ha echado a perder la "antesala", que hubiera podido ser un magnífico "foyer".

—Además, prosiguió Medrano, la acústica ha perdido notablemente, porque hemos comprobado que en las lunetas se oye mal, y hacia el centro, nada. El lado izquierdo tiene más resonancia que el derecho. Y por último, que en los pisos altos, como este del Club, es a donde mejor llega la voz. ¡Si viera usted el teatro de la Princesa qué acústica tiene! En cualquier lugar del escenario puede usted pronunciar un "aparte" en la seguridad que lo ha oído todo el teatro.

—Amigo Medrano—contesté yo al insigne artista,—el general Tacón que no era nada tierno, puedo asegurarle a usted tenía, en cambio, la noción de las cosas perfectas. Sus obras, para el embellecimiento de la Habana de entonces, todavía son admirables, y ello consiste en que no mandaba a hacer las cosas de ingeniería a los proveedores del ejército. Ahora cualquier Junta Directiva acuerda el decorado de un palacio y hasta la construcción del mismo, con una tranquilidad pasmosa. El espíritu público está terriblemente influenciado por el Departamento de Sanidad, y por eso usted ve las antesalas y los pasillos estucados como galerías de hospital. Mucho azulejo blanco y mucho cemento romano: *voilá!*

Medrano rió buenamente y me dijo:

—Tiene sus ventajas.

—¡Ya lo creo! *Mens sana in corpore sano.* Y ello no le quita brillantez al público. Vea usted el teatro, todo lleno y todas las noches, no obstante que los últimos sucesos políticos han hecho grandes brechas en los palcos y lunetas, pero han sido cubiertas al momento como hace el ejército alemán en sus profundas bajas. Para el que no conozca a los individuos no hay diferencia alguna entre el que estaba y el que lo ha sustituído. ¡No es esta la sociedad del tiempo de la Duquesa de la Torre!

Medrano me asestó una mirada interrogadora, a través de su monóculo:

—Voy a decirle a usted—proseguí yo—quién habría sido el público de los señores de Mendoza, si involucrando las fechas y adelantando en don Fernando la época en que comienza su carrera artística hubiera venido a la Habana, casado, con doña María la Brava, perdone, con doña María Guerrero y no con *Venturita* Serrano, la hija de los Duques de la Torre. Hay que remontarse a medio siglo, poco más o menos, cuando los hombres prominentes de Cuba se llamaban: el Conde de Pozos Dulces, Quintín Suzarte, el Padre Varela, José María de Heredia, Gertrudis de Avellaneda y una constelación de poetas, novelistas, escritores y educadores que no han sido, nunca más, ni mejorados ni sustituídos. La tierra se había abierto para recibir en su seno maternal al venerable don José de la Luz y Caballero. En Palacio gobernaba el bondadoso general Serrano y la Duquesa, su esposa, tenía una corte que no cedía en esplendor y belleza a la que rodeaba a Eugenia de Montijo, Condesa de Thebas y Emperatriz de Francia.

En estos palcos, es decir, en aquellos que construyó don Francisco Marty, se presentaban, radiantes siempre, la Marquesa de Almendares, Serafina Montalvo, Condesa de Fernandina, Luisa Calvo, la Marquesa de la Real Proclamación, Hilaria Font de Aldama, la Condesa de Romero, la Marquesa de Prado Ameno, Chea Pedroso de Mendoza, Matilde de Armenteros, Irene Eulate de Valcárcel, Margarita Azcárate, Pamela Piquero, bellísima hija del general Piquero; María Bachiller y Morales, que fué luego la esposa del sabio médico don Raimundo de Castro, la Apodaca de O'Reilly, Rita Duquesne, la Zequeira de Armenteros, madre de la actual Condesa de Fernandina...

Continúa en la página 33.



PASQUALE AMATO.

El insigne barítono del Metropolitan, que nos visitará en la próxima temporada de ópera.

Fot. Mishkin.



SRTA. JOSEFINA AGUIRRE,

hija del Dr. José María Aguirre, Magistrado de la Audiencia de la Habana.

Fot. American Photo Co.





SRTA. CONCEPCION FREYRE DE ANDRADE Y ESCARDÓ,

hija mayor del general Freyre de Andrade, ex Alcalde de la Habana.

Fot. Ameriacn Photo Co.

"VERSOS DE OTOÑO"

Por EMILIA BERNAL.

Con el título que encabeza esta página publicará en breve su segundo volumen de poesías Emilia Bernal, la inspirada poetisa camagüeyana, que en "Alma errante" nos dió a conocer las primicias de su lira melancólica y triste, reveladora de un alma sentimental y romántica, de un temperamento de mujer exquisitamente artístico e intensamente pasional.

Así canta la poetisa:

ESCHERZO.

A Ernestina de Varona Routa, linda camagüeyana.

Un hidalgo de amor a la antigua
A su reja llegóse a cantar.
Traía en el alma las brumas del norte
Y el fuego en las venas de lumbre solar.

Bajo el palio de azul de la luna
Con voz clara y fina cantó el trovador:

"¡Ven, si quieres, conmigo a la tierra
Lejana que alegre mi cuna meció.

Yo te ofrezco mis costas de plata,
mis lagos cerúleos, mi pálido sol!"

Y a la luz de la luna más linda
Que coplas de amores oyera cantar,
La muchacha del trópico dijo
Al canto nocturno del triste juglar:

"A la tierra me parto contigo
En donde tu cuna feliz se meció.

Por seguirte abandono mis palmas,
Mis noches de estrellas, mi cielo y mi sol."

Y a favor de la luz de la luna
Más linda que amores oyera cantar,
Se partieron los dos a la tierra
Que está al otro lado del cálido mar.

AGUA MARINA.

Del libro "Piedras Preciosas", del poeta brasileño Luis Guimaraes.

Oh verde cristal,
Funesto rival
De lágrimas verdes de níveas serenas
Que vas en las ondas
Henchidas, redondas,
Y naces en cunas de argénteas arenas.

Tu brillo marchito,
Lo mismo que un rito,
Los sueños espanta de los amadores.
Como las serpientes
Fascinas y mientes:
Te dieron las olas sus besos traidores.

Pareces sereno
Y escondes veneno
Que pone en tus ojos proyectos sombríos,
Brillando la mar
Al sol o al *luar*
Sepultas viajeros y pierdes navíos.

Despiertan tus vagos
Clarores aciagos
Deseos en las blancas y rubias ondinas.
Dichosas, los pierdes
Con esas tus verdes
Pupilas que mientes. ¡Oh piedras marinas!

PLANCTUS ET RISO.

Para estar sola con mi tristeza,
Para estar sola con mi pesar,
Quiero, en la cumbre de mi altiveza,
Una vivienda de hosca belleza,
En una roca, sobre la mar.

Quiero un alcázar en una roca,
Por todas partes llena de sol,
De luz ardiente, brillante y loca,
Que si el lirismo del mar la toca
Suene lo mismo que un caracol.

Quiero un alcázar de roca inerte
A donde sólo llegar acierte
El de la brisa son de cristal,
O en las escalas del viento fuerte
La fuga inquieta del vendaval.

Quiero en la roca ser la sirena
Que en el motivo de la honda pena
Deslía un viejo ritmo de Pan,
Burla y caricia de la serena
Mar que mis sueños azulearán.



LA CONDESA DE SAN ANTONIO

Por ALVARO DE LA IGLESIA.

L reciente fallecimiento de la ilustre duquesa de la Torre, viuda del general Serrano y Domínguez, prócer español que, siquiera momentáneamente fuese, ocupó el trono como regente del reino, trae a la memoria el recuerdo de la bellísima trinitaria que compartió con ese príncipe de la milicia, la popularidad, la gloria, la riqueza y el homenaje prestado eternamente por la vil adulación humana al que ha encumbrado la fortuna. De esa dama, ilustre por todos conceptos, hasta por haber sido blanco de los más infames tiros por parte de los rojos de Alcolea y haber figurado en verdaderas novelas de difamación en todo parecidas a las que arrastraron por el fango el nombre de María Antonieta y de Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III, vamos a recoger en esta página algunas noticias que no se han publicado y es casi seguro que no se publiquen en lo adelante, porque son *cosas de Cuba* a las que en casa se da al olvido y fuera de nuestro patio maldito a quien interesan.



EL CAPITAN GENERAL SERRANO.

El levantamiento de Vicálvaro había llevado a la presidencia del gabinete español a don Leopoldo O' Donnell, quien designó para el mando de esta isla, disputado con dientes y uñas por una cáfila de militarotes, a su amigo y correligionario el teniente general don Francisco Serrano, Cuenca, Guevara y Domínguez, conde de San Antonio. Véase lo que son los caprichos del acaso: el hombre más sanguinario y feroz para los cubanos les envió el gobernante más benigno, tolerante, moral y celoso de cuantos llenan el catálogo de los virreyes de Cuba en el pasado siglo.

Serrano acababa de ocupar la Embajada de París, y realmente, de no formar parte del gabinete, (y O' Donnell tenía muy buenos motivos para no desearlo), no había para él en la combinación política otro puesto que el asignado. Llegó a nuestras playas el 24 de Noviembre de 1859, acompañado de un cortejo tan numeroso como engolosinado con las promesas de una zafra burocrática suculenta, en lo cual se llevó un gran desengaño, porque nuestro amigo don José de la Concha dejaba el presupuesto, mejor dicho, el tesoro de Cuba *a plan barrido*, como dicen los marinos, además de que Serrano fué en este punto una persona decente y menospreció el dinero, prefiriendo dejar aquí un honrado recuerdo de su gobierno.

El partido intransigente, partidario resuelto del *como va, siga*, en cuanto descubrió los derroteros políticos de Serrano, se dispuso a dar *contra-candela* y se constituyó en camarilla para informar al gobierno de España que Serrano ponía en peligro la integridad del territorio. Téngase en cuenta que hasta entonces el nuevo gobernante no había hecho nada susceptible de despertar la alarma, si bien, en cumplimiento de las indicaciones de O'Donnell que se debía al programa de la sublevación que lo llevara al poder, iba a concederse a Cuba y Puerto Rico la representación en Cortes. Pero no era el pensamiento político de Serrano el que ponía sobre aviso a los integristas, sino el hecho insólito y vitando de que los criollos entraban en palacio. En efecto, el inteligente gobernante desde que desembarcó puso en práctica una política de atracción, que es más propio calificar de justa, puesto que la persona que gobierna peca de estúpida o de malvada si no oye más que una sola voz y no da satisfacción más que a las aspiraciones de una clase. El fallecimiento de don José de la Luz, cuyo entierro decretado de oficio por Serrano fué el más solemne y suntuoso que se recuerda en este país, puso fuego a la pólvora, y contra el gobernante que distinguía a un criollo tildado de desafecto a España, cuando era mucho más desafecto a la ignorancia española, desataron contra aquél todos los odios que azotaran a Pezuela sólo por no ser amigo de los esclavistas y por haber escrito en uno de sus decretos: *los niños de color...* en vez de decir *los negritos.* De estas cosas se componía la política antillana y con estas nubecillas iba formándose la tremenda tempestad que había de descargar sobre esta tierra pocos años después.

En el mismo mes de Noviembre de su llegada, Serrano dió con su esposa la bella condesa de San Antonio un viaje a Trinidad, viaje que fué un continuado triunfo. Llevaba consigo hasta poeta de cámara, la Avellaneda, que había venido con el general de España, ya casada con el coronel Verdugo su segundo esposo. La familia de Antoñica Domínguez y Borrell era una de las más opulentas de Trinidad. Opulenta tenía que serlo para que pudiera alojar ostentosamente, como lo hizo, al general Serrano y su pequeña corte. Los Iznaga, los Cantero y los Borrell, puede decirse que se repartían el feracísimo valle de Trinidad. El semblante de aquella época guarda mucho parecido con el actual. La riqueza azucarera había alcanzado unas proporciones no vistas, el oro corría a torrentes... entre las manos de los hacendados, pero el pueblo cubano establecido a orillas de ese pactolo se moría de hambre. Por ese mismo camino vamos.

En casa de don Pablo Borrel, abuelo de la condesa, se dispuso alojamiento verdaderamente regio para los ilustres huéspedes, acumulando en su honor todas las ostentaciones, toda la abundancia magnífica de las viejas casas criollas donde el oro no servía para bestializar a su poseedor sino para enaltecerlo y honrarlo. Flores, pájaros, plantas raras, servidumbre numerosa en la que figuraba un gineceo de bellísimas muchachas de color de canela, de todo se hizo allí derroche, produciendo en el general algo así como un deslumbramiento y llenando de gozo a su bella mitad, que se sentía orgullosa de aquel entusiasmo desplegado por su familia en obsequio de su marido. No es decir esto que vamos a decir que Serrano se inclinara del lado del país por tales homenajes, pero sí se mostró hondamente agradecido a los que vinieron después llevados a cabo por lo más escogido de la sociedad trinitaria, con exclusión del comercio, que era entonces muy pobre para meterse en tales gastos. En cambio, la prensa de la Habana, poniendo todo el veneno en la punta de la pluma, tituló aquellos obsequios de *fiestas criollas*, para señalar la ausencia en ellas de los elementos integristas. No hacía falta más para que la camarilla trasmitiera a la Corte informes negros acerca del peligro que corrían las instituciones, sobre todo la trata del negro, con un gobernante tan *aplatanado*.

Trinidad figuraba entonces honrosamente entre las ciudades más ricas de Cuba, aun cuando la riqueza fuera exclusivamente azucarera, porque como hemos dicho ya, el comercio era insignificante; el hacendado lo era todo. También éste se distinguía por sus iniciativas. En el valle funcionaron los primeros trenes de Derosne, que produjeron una revolución en la industria. El señor Borrell, abuelo de la condesa, introdujo en el país el algarrobo y en el valle, también, se instaló, por don Luis Brunet, la primera desgranadora de algodón, cultivo que ha

Continúa en la página 35



La Duquesa de la Torre

Cortesía de la casa Mañan y Ca.

"LAS HONRADAS"

POR MIGUEL DE CARRION.

El primero tal vez de los novelistas cubanos de la hora presente, Miguel de Carrión, va a publicar en breve una novela. La aparición de "Las Honradas"—que tal será su título—constituirá, sin duda, un verdadero acontecimiento literario. Desde 1903, en que publicó —con éxito grande y merecido—"El Milagro", no había vuelto el señor Carrión a dar a luz libro alguno. En "Las Honradas" se plantean y desenvuelven con mano maestra los múltiples problemas de orden social y sexual que hasta ahora han formado el pasado y el presente triste y doloroso de la mujer, y cuya solución no es posible aún adivinar en el incierto porvenir. La novela viene a ser la autobiografía de una mujer, casada sin amor, que llega a la felicidad y a la consolidación del hogar, próximo a deshacerse, por el camino del adulterio.

Ella encarna el tipo general de la adúltera, cuya historia no termina ordinariamente, en la vida real, con un drama de pasión y un desenlace novelesco, sino con la vuelta de la oveja descarriada al redil doméstico, al que nada ha trascendido de la pasajera infidelidad. Al lado de este tipo de "honrada" se desenvuelven otros: hay ejemplares de la mujer educada "a la antigua" y "a la moderna".

"Las Honradas" es un libro amargo, escrito con rudeza, que tiene pasajes muy escabrosos de análisis interno y escenas pasionales escritas con demasiada claridad. Su tendencia consiste en demostrar la dificultad de encerrar en los viejos moldes de la sociedad el espíritu moderno, demasiado desarrollado ya por las exigencias de una civilización fundada sobre el libre examen y el progreso científico. La escena final del libro abre la inmensa interrogación en que ha de encerrarse lo porvenir.

Para que los lectores de SOCIAL se formen una ligera idea del mérito de esta obra, que el ilustre novelista cubano dedica al señor Enrique José Varona, reproducimos a continuación unos fragmentos del capítulo VIII de la segunda parte, que facilitados amablemente por su autor, nos permiten ofrecer, antes que otra revista o periódico, las primicias de esta obra valiosa por todos conceptos.



LICIA iba a ser operada un lunes, en la clínica del doctor Argensola. Los últimos siete días habían sido para mí de angustias y zozobras. Mi dolor no dependía solamente del riesgo que iba a correr mi pobre hermana: mi corazón sufría torturas que jamás había imaginado, y se obstinaba en no verlas, rebelándose contra lo irremediable. Fernando se cansaba de mí harto visiblemente. No sabía si la frialdad que notaba en él era efecto de la confesión, un poco brusca, de mi estado, o si únicamente obedecía a la volubilidad de su carácter.

. . . .

La víspera de la operación de Alicia hablamos brevemente, en casa de la señora de Montalbán, donde sólo habíamos estado dos veces en toda la semana. El respondía a mis quejas, atento y afectuoso siempre, excusándose con sus ocupaciones y recordándome mis deberes de hermana. ¡Afectuoso! Su cariño me hería como una afrenta. Hubiera preferido que me odiara y me insultase; pero no tenía valor para decírselo. Sin embargo, procuraba estrecharlo en sus últimos reductos.

—¿Vendrás aquí mañana, a las dos?—le preguntaba, sin querer oir sus consejos.

—Pero, hijita, sé razonable. Mañana no será posible. ¿A qué hora se opera tu hermana?

—A las doce. A las dos puedo estar aquí.

—¿Y por qué no lo dejamos para pasado mañana? Estará mal que te separes de tu familia inmediatamente después de la operación...

No pude hablar más. Lo miré un instante con tristeza, y, sin poderlo remediar, dos gruesas lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Está bien; está bien, caprichosita—se apresuró a decirme con dulzura, para cortar la escena.—Vendré a las dos. Pero a las dos en punto ¿eh? No olvides que ando muy ocupado y que no podré estar mucho rato...

Unas cuantas semanas antes no me hablaba de sus ocupaciones, ni le faltaba el tiempo. Nos separamos con un beso casi frío, y fuí a mi casa a llorar un poco y a vestirme, para ir a la Clínica, donde ya había ingresado mi hermana.

Aquella noche me quedé acompañándola, en el cuarto de blancas paredes y blancos muebles, en que todo era helado y triste como la enfermedad y la muerte. Reinaba en la casa un profundo silencio, turbado sólo por el quejido incesante de una mujer, operada hacía algunas horas, que ocupaba una habitación próxima a la nuestra. Nos explicaron que no la retiraban de allí, porque todas las habitaciones estaban ocupadas. Ni Alicia ni yo podíamos dormir; pero no hablábamos, absorta cada cual en sus pensamientos. Las horas me parecían interminables. De vez en cuando entraba una enfermera, andando sin ruido sobre sus zapatillas de goma y mostrando la amable sonrisa profesional bajo el ligero gorrito blanco. Sobre la mesilla de cristal, el tic-tac del reló llegaba a hacerse intolerable en los breves momentos en que la enferma dejaba de quejarse.

La luz del día vino a sacarme de aquel ambiente de pesadilla. Poco a poco la clínica empezaba a animarse. Circulaban los internos y los sirvientes con caras de sueño, envueltos en sus largas blusas blancas, mientras el airecillo de la mañana barría la atmósfera cargada de emanaciones de éter, de ácido fénico y de yodoformo que habíamos respirado durante la noche. Entraban los criados en los cuartos, provistos de cubos y paños de lana montados en largos mangos de madera para lavar silenciosamente el piso y los zócalos de azulejos de las paredes, y salían llevando en vasijas tapadas los residuos de las curas...

Me distrajo un poco este ir y venir de la limpieza matinal, donde todos trabajaban afanosamente sin cruzar una palabra. Después empezaron a llegar los médicos de fuera, gentes alegres, acostumbradas al dolor ajeno, que bromeaban y reían en los pasillos, como si éstos fueran los de un teatro. Empezaba a encontrar monótono y un poco macabro todo aquello, cuando entró mi cuñado, a quien Alicia no le había permitido que se quedara la noche anterior, alegando que la emoción iba a enfermarlo. Eran las ocho. Venía fresco y con rostro de hombre saludable, que daba apariencia de ironía a los temores de su mujer, después de haber descansado muy bien en su cama; y bromeó con Alicia, afirmando que la palidez del semblante de ésta no era producida por la enfermedad, sino por el miedo.

Nos trajeron el desayuno en dos pequeñas bandejas, con servicio aparte para cada uno; pero Trebijo aseguró que ya se había desayunado, y yo apenas lo probé, invadida de súbita repugnancia al pensar que aquellos objetos rodaban por los cuartos de los enfermos.

Un cuarto de hora después se oyó en la calle la bocina de un automóvil, y el doctor Argensola entró de prisa, según su costumbre, repartiendo alegres saludos y observándolo todo de un vistazo, con sus ojillos movibles casi ocultos por la redondez de los pómulos. Ni alto ni pequeño de cuerpo, con el vientre ligeramente abultado, bajo el eterno chaleco blanco, y el bigote canoso destacándose en su faz rubicunda de vividor satisfecho, aquel famoso cirujano era de los escépticos que sonríen siempre, porque es más agradable y provechoso el sonreír que el andar haciendo muecas de disgusto ante las fealdades humanas. Tenía un excelente sanatorio, un gran nombre y una buena fortuna, y se burlaba plácidamente del mundo, cuyas flaquezas conocía y disculpaba en atención a las cosas buenas que también encierra para los que saben apreciarlas.

Entró un momento en nuestro cuarto y saludó a Alicia, como hacía con todos sus enfermos, con una palmadita en la mejilla.

—Mala noche ¿eh? Es natural. El rato es malo... Así le sucede a todo el que está en capilla... Pero, después de esto, buena y sana ¿lo oye bien? Buena y sana para siempre.

Dió media vuelta y salió para dirigirse a otro cuarto y repetir probablemente lo mismo a un nuevo enfermo; pero en la puerta lo alcancé, aprovechando que mi cuñado no estaba allí en aquel instante.

. . . .

La actividad de la clínica aumentó a partir de aquel momento. Era la hora de las operaciones, las curas y las visitas de los médicos. Pasaba de un lado a otro el carrito blanco, empujado por un sirviente,

trasladando enfermos, que parecían muertos, rígidos y tapados de la cabeza a los pies con sábanas y cobertores. Se multiplicaba el personal de ayudantes y enfermeros, dando y recibiendo órdenes y entrando a la carrera en los cuartos de los enfermos para salir luego con la misma rapidez. Aquella actividad me aturdía. El doctor Argensola tenía en turno a varios enfermos de cirugía, antes de operar a mi hermana que era la última, por ser "de pus", según nos explicó. Por eso había dicho que la operaría a las doce. Con frecuencia miraba el reló y mi corazón latía violentamente. Alicia me exigió que no me moviese de su lado, ni aun en el instante de la operación. Temía morir con el cloroformo, y obtuvo de Argensola que me permitiera estar junto a ella constantemente. A las diez llegó papá. El pobre tenía ya el pelo y la barba completamente blancos y se encorvaba mucho más al andar, como herido por una brusca decadencia de toda su persona que no era seguramente obra de la edad. Mamá, enferma de la emoción y la pena, no había podido moverse de la cama aquel día. Me olvidé de Fernando, embargada por las desgracias y el dolor de los míos. La vista de Graciela, que llegó también con su marido, me produjo, sin embargo, un ligero sobresalto; pero mi discreta amiga me besó en las mejillas con mucha naturalidad, sin darse por enterada del encuentro que tuvimos. Venía vestida con sencillez y con lujo, luciendo valiosos pendientes de brillantes en las orejas; mas su carita redonda y picaresca, llena de lunares y de hoyuelos, era siempre la misma mezcla de bondad, malicia y optimismo. Cuando pudo encontrarse a solas conmigo, en un ángulo de la habitación, me dijo:

—¡Una noticia! Se ha levantado la cuarentena, y los buques entran "a libre plática". ¿Qué te parece? Mi marido y yo deseamos ahora tener un niño...

Echóse a reir, al ver mi cara de enferma y mi sonrisa amarga, y agregó, dándome una palmadita en la mejilla:

—Eso es lo que te hace falta a ti, bobona: tener un muchacho para distraerte.

A las doce, aún no habían venido a buscar a Alicia. Operaban a los otros en el gran salón lejano a donde afluía toda la actividad de la casa en esos instantes. Mi corazón latía con más fuerza y contaba los minutos. Alicia temblaba debajo de las sábanas. José Ignacio y mi padre, sentados frente a frente, inclinaban las cabezas, silenciosos, y hacían esfuerzos por aparentar tranquilidad.

Por fin, a las doce y media, se produjo un movimiento en la puerta del cuarto: entraba un sirviente conduciendo el carrito y detrás el anestesista y una enfermera. Alicia fué colocada, medio muerta de miedo, en el ligero vehículo, y la careta cayó sobre su rostro, entre frases de aliento prodigadas por el médico y por la muchacha del blanco gorrito.

—Respire sin temor. Verá que no siente nada.

Me hicieron salir para conducirme al salón, por encargo del doctor Argensola. En la sala de esterilización, donde las enormes calderas niqueladas hervían envueltas en pequeñas nubes de vapor, me hicieron poner sobre mis vestidos una blusa acabada de sacar de uno de aquellos aparatos. Después me llevaron a lo que llamaban el salón, y me dejaron allí sola. Era una vasta pieza iluminada por anchas ventanas cubiertas de vidrio mate, que proyectaban una luz cruda sobre los anaqueles blancos, llenos de instrumentos, y las mesillas de cristal que sustentaban misteriosos útiles cubiertos con paños estériles. El piso y las paredes, muy pulidos, brillaban como si acabaran de esmaltarlos. En el centro la gran mesa de operaciones, toda de níquel, se alzaba, solitaria y siniestra, con su mecanismo complicado de llaves y palancas, como un bello instrumento de tortura concebido por el cerebro de una civilización enferma.

Agucé el oído. En la habitación contigua se escuchaba el ruido de los cepillos frotando las manos de los cirujanos y el del chorro de agua de un grifo abierto. De pronto se oyó también la voz de Argensola que respondía a un desconocido, probablemente un médico, que seguramente acababa de llegar.

—¿Qué hiciste antes?—había preguntado este último.

—Colecistectomía por cálculo—respondió lacónicamente el cirujano.

—Y ahora ¿qué vas a hacer?

—Piosalpinx doble. ¿Te interesa?

—¿Frío ya?

—Completamente.

. . . .

Entró el carrito conduciendo a mi hermana inerte entre frazadas, con el bello rostro vuelto hacia un lado y la expresión de un sueño tranquilo. Las enfermeras se apresuraron a colocarla sobre la mesa de operaciones, atándole manos y brazos para que no pudiera moverse. Después le descubrieron el vientre, terso y pálido como una semiesfera de marfil... y mostraba sus más íntimos encantos entre la mirada indiferente de médicos y enfermeras. ¡Si ella, despierta, hubiera podido verse así!...

Lavaron rudamente el vientre con jabón y cepillos; luego con alcohol y con éter. En seguida lo pintaron con yodo, quitando nuevamente con alcohol la gran mancha rojiza. Yo no perdía un detalle, lívida y temiendo perder el sentido. El anestesista, que me miraba de reojo, me dijo:

—¿Podrá usted resistir, señora?

—Trataré de hacerlo—respondí tragando saliva e irguiéndome para dominarme.

Entraron Argensola y sus ayudantes, ataviados como siniestras máscaras, cuya vista en otra ocasión me hubiera hecho reir. Blanco el casquete de lino que les ceñía la frente, blanco el tapabocas, tras el que se escondía la mayor parte del rostro, y blancos las blusas y los lienzos estériles que envolvían sus zapatos, sólo vivían los ojos en aquellos fantasmas de albura inmaculada, que se colocaron, sin decir palabra, a los dos lados de la mesa. Maquinalmente tomé entonces entre las mías una de las manos inertes de mi hermana, como si pudiera verme y le infundiera valor. Una enfermera le había quitado las ligas, descubriendo un instante sus bellas formas...

El ayudante, por su parte, acababa de limitar con paños sujetos con pinzas la parte de vientre que iban a operar, y hecho esto le alargó al doctor Argensola el bisturí cogido por la hoja. Temblé. Las manos de los dos cirujanos, calzadas con guantes de goma obscura, se movían como negras aves de rapiña sobre el vientre de Alicia.

El bisturí trazó con la punta una línea roja sobre la piel, casi desde el ombligo hasta donde el pubis se hundía en graciosa curva entre los muslos. Un nuevo trazo, y la herida se abrió, dejando ver una masa blanda y amarilla, sembrada de gotitas de sangre, que el ayudante se apresuró a enjugar con un movimiento automático. Aparté la vista horrorizada, oyendo sólo el estallido seco de las pinzas que se cerraban y los monosílabos de los operadores. Cuando la curiosidad me impulsó a fijarlos nuevamente en lo que hacían, vi una cosa horrible: los labios de la enorme herida se mantenían separados por dos anchos garfios de níquel, y las manos enguantadas de Argensola se introducían en ella, hurgando y moviéndose con una calma que sembró mi frente de heladas gotitas de sudor. Los paños blancos apenas estaban ligeramente manchados de sangre.

—¿Hay adherencias?—preguntó el ayudante.

—Muchas—dijo Argensola sin interrumpir su trabajo.

No quise seguir mirando, pues me sentía próxima a caer, y traté de fijar la vista en las vitrinas, donde la luz, muy viva a esa hora, arrancaba extraños reflejos al níquel de los instrumentos. Me molestaba una fuerte tirantez bajo el seno, algo así como si estuvieran volviendo al revés mi estómago vacío, y procuraba respirar poco, porque el olor del cloroformo me desvanecía. Sin embargo, mi voluntad se mantenía resuelta a no abandonar la sala, jurándome que no lo haría aunque tuviese que retroceder hasta la pared en busca de apoyo.

Recuerdo que, entre las brumas de mi conciencia, distinguía claramente por el oído los incidentes de la operación.

Argensola resoplaba, como arrancando algo que estuviese fuertemente sujeto al cuerpo de mi hermana.

—Dame una pinza de Kocher para coger un vaso que me estorba —decía.

Y un momento después:

—Ahora la tijera curva.

Pasaron dos minutos, durante los cuales se oyó el ruido de la tijera mordiendo la carne. Al cabo de ellos, Argensola habló otra vez:

—Dame el termo...

Sentí el chirrido de la parte quemada y llegó a mi nariz el olor nauseabundo de la carne que ardía. Apreté los puños y cerré los ojos, apoyándome en la mesa. Nadie se fijaba en mí.

—¡Ya está libre!—exclamó por fin el cirujano con un suspiro de alivio.

Se sucedieron cuatro estallidos secos como si cerraran otras tantas pinzas mucho más potentes que las otras. Entonces me deslicé hasta la pared para respirar con más amplitud lejos de aquel olor horrible de cloroformo y de carnicería que iba a volverme loca. Allí me sentí mejor. Los cirujanos, con las cabezas inclinadas, trabajaban febrilmente, ocultándome, entre ellos y las enfermeras, casi totalmente el cuerpo

Continúa en la página 30.

GALAS DE VIUDA

ESBOZO DE PSICOLOGIA FEMENINA.

POR VICTOR MUÑOZ.



UN tranvía, en auto, sobre una nube, si se te antoja, debemos ir; pero, hija mía, tú, calzada con esas finas botitas, no puedes andar por las calles, como una fregona, codearte con la multitud, evadir vehículos y cumplir con los otros mil deberes del ciudadano transeunte. Tus pies no se han hecho para eso, Margarita. ¡Tú no sabes lo que es eso, vida! ¡Desiste de tus propósitos! ¡Hazme caso alguna vez!

—Es que, tú no sabes. Yo quiero pasear, hacer un poco de ejercicio...

—Pues pasea por los jardines, pasea en sueños.

Pero no fué posible disuadirla de su propósito y, al cabo, como siempre obediente al mandato de sus caprichos, que cuando se anidan en su cabecita toman proporciones inconmensurables, tuve que dejarla hacer su voluntad y seguirla.

Andaba mejor de lo que supuse, entre el gentío que se apelotonaba por las estrechas aceras. Mis brazos alzábanse a menudo para resguardarla de los impuros contactos de la calle, y mis ojos recorrían las puertas de los establecimientos, a las que asomaban las caras risueñas de los mozos, que parecían no tener miradas para nadie más que para mi dueña.

Era una calle estrecha, en la que se respiraba el aire infecto que caracteriza siempre a las vías comerciales. Margarita seguía avanzando con un vigor que nunca le había yo supuesto, cual si la impulsase un propósito determinado, invencible, inaplazable, una atracción sabrosa y para mí desconocida.

Así llegamos ante una tienda de modas femeninas y mi reina se detuvo frente a uno de sus grandes escaparates, en el que mostrábanse trajes y sombreros que atesoraban toda la policromia de la indumentaria femenina. Llevóse el *lorgnete* a los ojos y recorrió rápidamente la exhibición, con la boca fruncida en gracioso mohín de desagrado.



Repentinamente y casi de un salto, situóse ante el escaparate inmediato. En éste se hallaban expuestos a los transeuntes tocas, velos y trajes de viuda, todos elegantes, muchos graciosos; un macabro exotismo de la moda. Miré los distintos objetos que allí se exhibían, y lleno de asombro volví la vista hacia Margarita. Creí verla presa del pavor que en su sensibilidad de mujer debía causar aquel fúnebre espectáculo. Pero no; iba posando sus miradas en cada toca, en cada velo, en cada corpiño negro, recorriéndolos minuciosamente hasta en sus más insignificantes plieguecillos. Y en su cara, que es para mí un libro abierto, en fuerza de verla y de adorarla, observé el júbilo que le causaba el espectáculo.

—Qué... ¿te interesa todo eso?

—No, a mí nada; pero, las mujeres gustamos de mirar más lo que está más lejos de nuestro alcance.

—No está fuera del tuyo. Si te quisieras vestir de negro, ponerte una de esas tocas, no tendrías más que decirlo.

—Es que no tengo derecho...

—¿Derecho?

Estábamos de tal manera enzarzados en una conversación enojosa para mí, porque ella me hablaba en tono casi agrio, demostrándome así que le desagradaba profundamente mi osadía de contrariarla, cuando advertimos que cerca de nosotros se movía una señora joven. Ambos callamos, y la miramos. Nos inspiró honda compasión. Era una mujer bonita. No tanto como Margarita, porque es difícil igualar su belleza, pero interesante, y bien formada. Tenía los ojos cárdenos; dos círculos morados parecían agrandar sus ojos negros. En la puerta de la tienda, una anciana —su madre, evidentemente —seguía sus movimientos. Abrióse una de las puertecillas interiores del escaparate y una joven empleada del establecimiento miró a nuestra vecina, como esperando que ésta le indicase alguno de los modelos allí exhibidos. No cabía duda: se trataba de una viuda fresca, que salía por primera vez, a escoger *sus lutos*. Margarita la miraba intensamente, de una manera indefinible. Me pareció que le inspiraba envidia. La viuda seguía observando aquellas tocas, sin decidirse por alguna. Advertíase al través del cristal que la muchacha se impacientaba de estar así, mostrándose al público, con su modesto traje de trabajo y su lápiz hundido en el moño de pelo rubio.

Al cabo entró la viuda en el establecimiento. No iba satisfecha. Nada de aquello era de su gusto. El dolor por su soledad era muy grande, evidente. La madre seguíala, angustiada, más condolida de la enorme pena de su hija que sintiendo la causa de ella. No era preciso observarla atentamente para advertirlo. Pero ante el magno problema de los trajes la cuitada dama había logrado anular su sensibilidad, hacer un paréntesis en su pena y Margarita, que se había situado en la misma puerta de la tienda para observar lo que hacía en el interior, vióla dirigirse hacia el gran espejo del fondo, mientras una de las muchachas de la casa con un gran lienzo negro en la diestra, la seguía.

Continúa en la página 41



MI PELOTA.



N O R M A S

Por A. HERNANDEZ CATA.

I

No vayas por las quiebras del camino
como un ciego que duda de su tacto.
Que la luz inicial del pensamiento
baje a todos tus músculos, que sepan
tus sentidos medir todas las cosas,
y que tu diestra, alternativamente,
sea blanda en el fervor de las caricias
y recia en el domar adversidades.

II

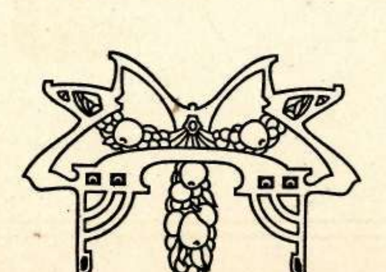
No te embriagues de ideal y digas:
"¡Mi alma está fatigada de soportar mi cuerpo!"
Si sobre el vaso material desbordan
los ideales tesoros contenidos,
la materia se hará vibrante y noble,
y alma y cuerpo serán dos compañeros
enlazados, cordiales y felices,
que sigan con amor la misma ruta.

III



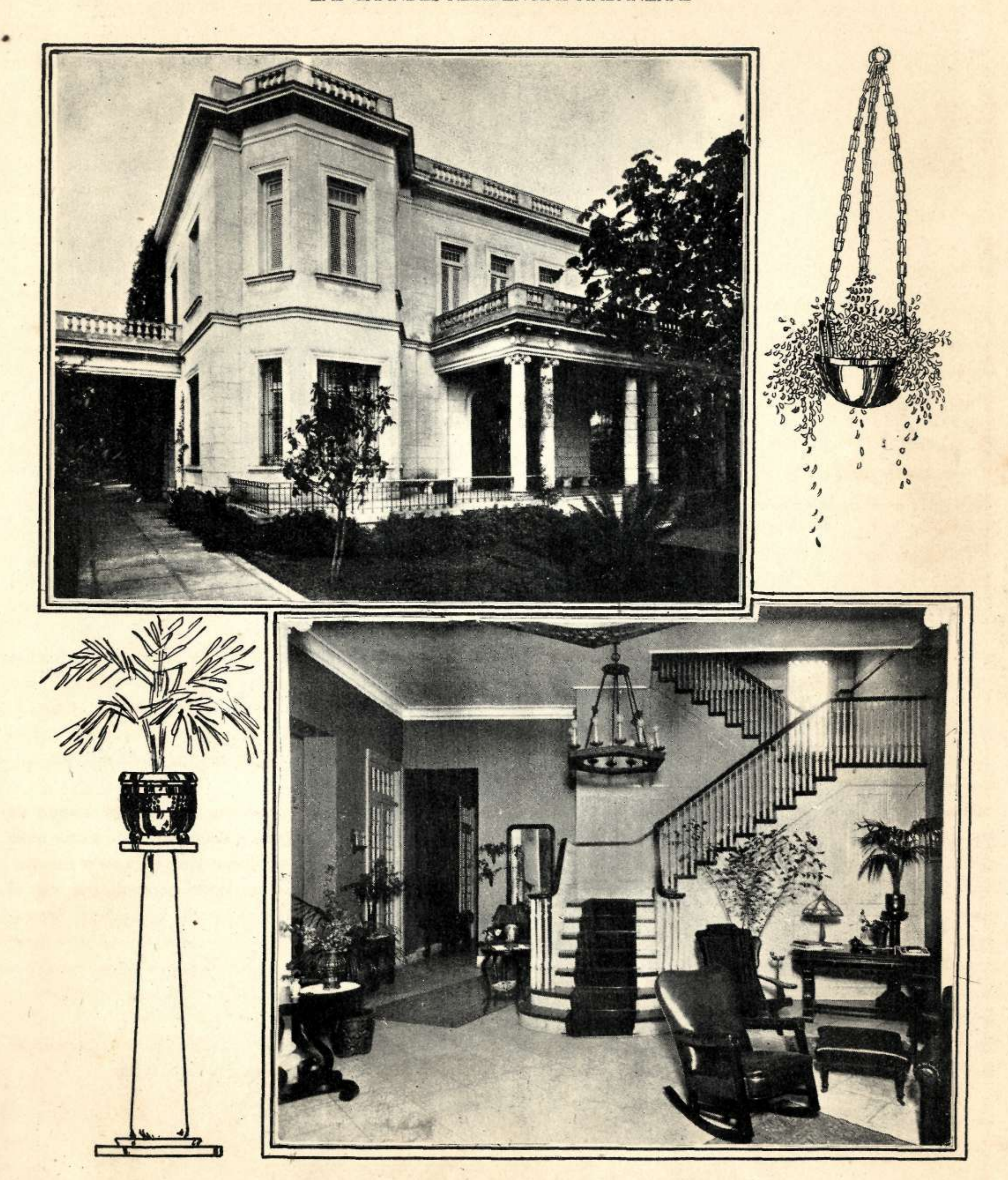


No exclames por disculpa a tu pereza:
"Por todos los caminos se va al mar".
La miel está en el viaje, no en la cima;
en el esfuerzo, no en el resultado.
La segur incansable de la Intrusa
no mata más que a quienes llegan vivos.
La molicie es hermana de la muerte;
no afanarse es igual que no vivir.
La vida es ancha y bella para todos,
el mismo sol cada existencia dora;
somos los hombres los que hallamos modos
de abrir la infausta caja de Pandora.



ARTE ARQUITECTONICO

LAS GRANDES RESIDENCIAS HABANERAS



La casa del Sr. Porfirio Franca, ex Presidente del "Vedado Tennis Club", en el Vedado.

Arquitectos: MORALES Y Cia.

Fot. American Photo Co.

CARTAS CRIOLLAS

POR MILIO



ERMINÓ ya nuestra temporada de carreras de caballos a la americana. Eran, con todo, un refugio en las tardes dominicales de esta Habana donde no se hace otra cosa más que trabajar. Aquí, creo que te lo decía ya en una carta anterior, se trabaja demasiado. Es un exceso, irremediable, por ahora. Hay mucho que hacer y somos pocos para hacerlo todo; y esto es un mal, un mal muy grave que nos lleva a la precipitación y a la informalidad.

Cualquiera, así esté dedicado a perseguir—perseguir es más fácil que alcanzar—altos fines de cultura y de refinamiento, como a desempeñar humildes tareas, se halla agobiado, y casi angustiado, porque le sobra trabajo, es decir, porque le falta tiempo para hacer todo lo que le corresponde o debe de hacer. Y el apremio del tiempo, intranquiliza más que ningún otro apremio.

Esa intranquilidad nos hace perder la alegría ingenua; desequilibra nuestros nervios; quita a nuestros ademanes aquella suavidad de movimientos que tan característicamente refleja en el hombre elegante de veras, la confianza en sí mismo y la conciencia de sus deberes cumplidos...

Así, nosotros, que tenemos que acumularnos encima demasiados deberes, siempre sentimos el remordimiento, bastante para dejarnos descontentos, de no haberlos cumplido todos.

Esta es, por ahora, nuestra lesión social.

Te diriges a tu sastre y le encargas de una vez cuatro trajes, y con gesto espantado, cuando no aterrado, te concede el favor de hacerte uno. ¿Por qué este hombre no intenta convencerte de que no son cuatro sino ocho los trajes que convienen a tu papel en el mundo? ¿Por qué va contra tu vanidad y contra su negocio? Es el exceso de trabajo. Tiene demasiados encargos y pocos operarios (no puede tener más porque no los encuentra), y aun éstos, con la seguridad que tienen de que en otros veinte talleres, en cualquier momento, hallarán trabajo sin necesidad apenas de solicitarlo, en cuanto se sienten un poco mortificados se apresuran a cambiar de tienda. ¿Ves el conflicto? ¿Crees tú posible que tu sastre entre en su taller pronunciando palabras ineludibles, terminantes: "esto es preciso"; "hay que hacerlo"; "debe terminarse hoy mismo"... ¡Qué risas en ese taller si tal dijera!

Y así en todo. El "chauffeur" a quien has despedido por la mañana, porque tuvo dispuesto el automóvil dos horas más tarde de aquella que le habías dicho, lo encuentras a los cinco minutos de salir de tu casa, guiando el "ford" de alquiler que impaciente has llamado en sustitución de tu propio coche.

Trabajar tanto nos impide cultivar mejor nuestro espíritu. Anhelamos constantemente vivir un poco más nuestra vida interior, pero no pasamos del anhelo porque la falta de tiempo no nos permite realizar la aspiración.

La ciudad expresa, en su aspecto, cómo fué antes poco menos que una factoría y cómo es ahora un centro de extraordinaria actividad humana.

A la legua—a mil leguas—se ve, se toca, que nuestra ciudad no ha sido construída por gentes que se querían divertir o que sabían divertirse, que sabían vivir.

El mejor parque—el que merece este nombre—es demasiado pequeño. Los demás, ni por su aspecto ni por su extensión, pueden llamarse parques. Paseos, excepto el Malecón, alegre, pero poco elegante, y que, además de muchos inconvenientes, tiene el de no ser exclusivamente un paseo, no hay ninguno.

La vida social, al atardecer, es poco intensa. Apenas hay, si los hay, millonarios que no tengan más ocupación que el serlo y gastar dinero. Nuestros ricos trabajan, trabajan mucho, hasta la hora de comer, como si necesitaran trabajar para vivir. En verdad, la vida, nuestra vida, necesita que ellos trabajen.

A pesar de todo esto, se habla y se hablará siempre, de que somos indolentes, lánguidos, perezosos. Y lo somos, pero sentimentalmente nada más. Somos unos haraganes que trabajamos constantemente de un modo extraordinario, con el pensamiento puesto en una vida muelle y regalada, exactamente igual a la que hemos soñado siempre, con tanta fuerza, que nuestro sueño, nuestro hermoso sueño, que entre nosotros no ha pasado de ser un sueño, es para el resto del mundo una realidad.

Y no continúo esta carta porque tengo mucho que hacer todavía y son ya las siete y media de la tarde.



Un "coup de chapeau" a....



RICARDO STRACCIARI,
por haber terminado triunfalmente su temporada en el Nacional.
Fot. Colominas.

MANUEL UGARTE, el notable literato argentino que nos visitará en breve, de paso para México.

EDUARDO MARQUINA,
el gran poeta español que visita la Habana, en compañía de los esposos María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza.
Fot. Solís.

EL EMBAJADOR GERARD,
por haber hecho a la Habana el punto de atracción en los días que pasó entre nosotros.
Fot. Schneider.



SRTA. ROSA PERDOMO.

Fot. American Photo Co.

SRTA. GERTRUDIS BOSQUE TORRALBA.

Fot. American Photo Co.



Dibujo de Rafael Blanco.

SOMBRAS.

EL MEDICO DE LOS MUERTOS

POR ROIG DE LEUCHSENRING.

Yo creo sea aventurado afirmar que en nuestra patria, de cada diez personas, cuatro son médicos, cuatro abogados y las dos restantes generales. Las demás profesiones están repartidas entre individuos que, habiendo fracasado en esas carreras o encontrándose *fuera de servicio*, han creido oportuno dedicarse a algo más productivo. Conviene aclarar, que de esa decena, la mitad, por lo menos, son periodistas, sin que esto quiera decir que los tales sean capaces de escribir correctamente ni aun cartas a la familia.

Esta abundancia y exceso de profesionales redunda, desde luego, en perjuicio de su calidad. Son infinitos los abogados sin clientes y médicos sin enfermos que, para ir viviendo, desempeñan plazas de escribientes con treinta pesos y hasta de vigilantes y motoristas; lo que, bien mirado, es un beneficio que le hacen a la sociedad, porque si a esos doctores se les ocurriera eiercer, sería necesario ensanchar las cárceles y los cementerios.

Y, después de los maridos, son galenos y togados los dos tipos que, a través de todos los tiempos, más han servido de blanco a las burlas e ironías de los escritores.

Circunscribiéndonos ahora a los médicos, ¿quién no ha leído "El médico a palos", de Moliére, o, por lo menos, los intencionados versos del más insigne de los saineteros españoles, o el famoso artículo "El médico de campo", del primero de nuestros "costumbristas", José María de Cárdenas?

Moliére no quería a los médicos, se burlaba de ellos, acribillándolos con sus dardos. Del doctor Mauvillain, su íntimo amigo, decía:

"—Es mi médico, me da recetas que yo no tomo y somos los mejores amigos del mundo."

Pero la burla más sangrienta que se ha hecho de los médicos, no se debe a un francés. Es cubana. Por algo se llama a nuestra patria la tierra clásica del choteo.

Todos cuantos hayan tenido que acompañar los mortales despojos de algún familiar o amigo hasta la última morada, la "Quinta de los Pinos", o "San Antonio Chiquito", como llama el vulgo a nuestro cementerio general, habrán observado, sin duda, al final del Paseo de Carlos Tercero y a la falda del Castillo del Príncipe, hoy convertido en presidio, una fuente, la última de las varias que *adornan y embellecen* esa calzada, construida por el general Tacón. Dicha fuente marca el límite del Paseo y el comienzo del camino que conduce al cementerio de Colón. ¿Os habéis fijado en ella? ¿Habéis visto la estatua que ostenta en su remate?

Es una estatua, dice, hablando sobre el particular en un interesantísimo artículo publicado hace años, el doctor Lanuza, "es una estatua muy mala como obra artística; pequeña de cuerpo, cargada de espaldas, barbuda, envuelta a medias en un manto cuyos rígidos pliegues, como las duras líneas de su pecho descubierto, recuerdan el estilo griego arcaico, el Apolo de Tenea o la estatua funeraria de Orcomene, cuando más se le quiera conceder de respetable y de rudimentariamente artística".

¡¡¡Es una estatua de Esculapio!!!

"Y ese emblema del semidiós de la Medicina, continúa diciendo el doctor Lanuza, en la puerta misma de la triste ruta que lleva directamente a la casa del descanso eterno, me parece, por lo casual, por lo no intencionado, por lo graciosamente inconsciente, la más espiritual de las bromas, macabra y festiva a un mismo tiempo, filosófica y burlona, demostrativa de lo poco que vale el esfuerzo humano, de la inanidad de nuestra ciencia, y de que no hay nada más irónico que el azar, ese tremendo e inaguantable bromista".

Y, bromista también irreductible, el doctor Lanuza pide que dejen la estatua ahí, "porque tiene un valor ideológico en el sitio en que está, porque encierra toda una serie de ideas, porque resulta su-

Continúa en la página 43.

LA TEMPORADA



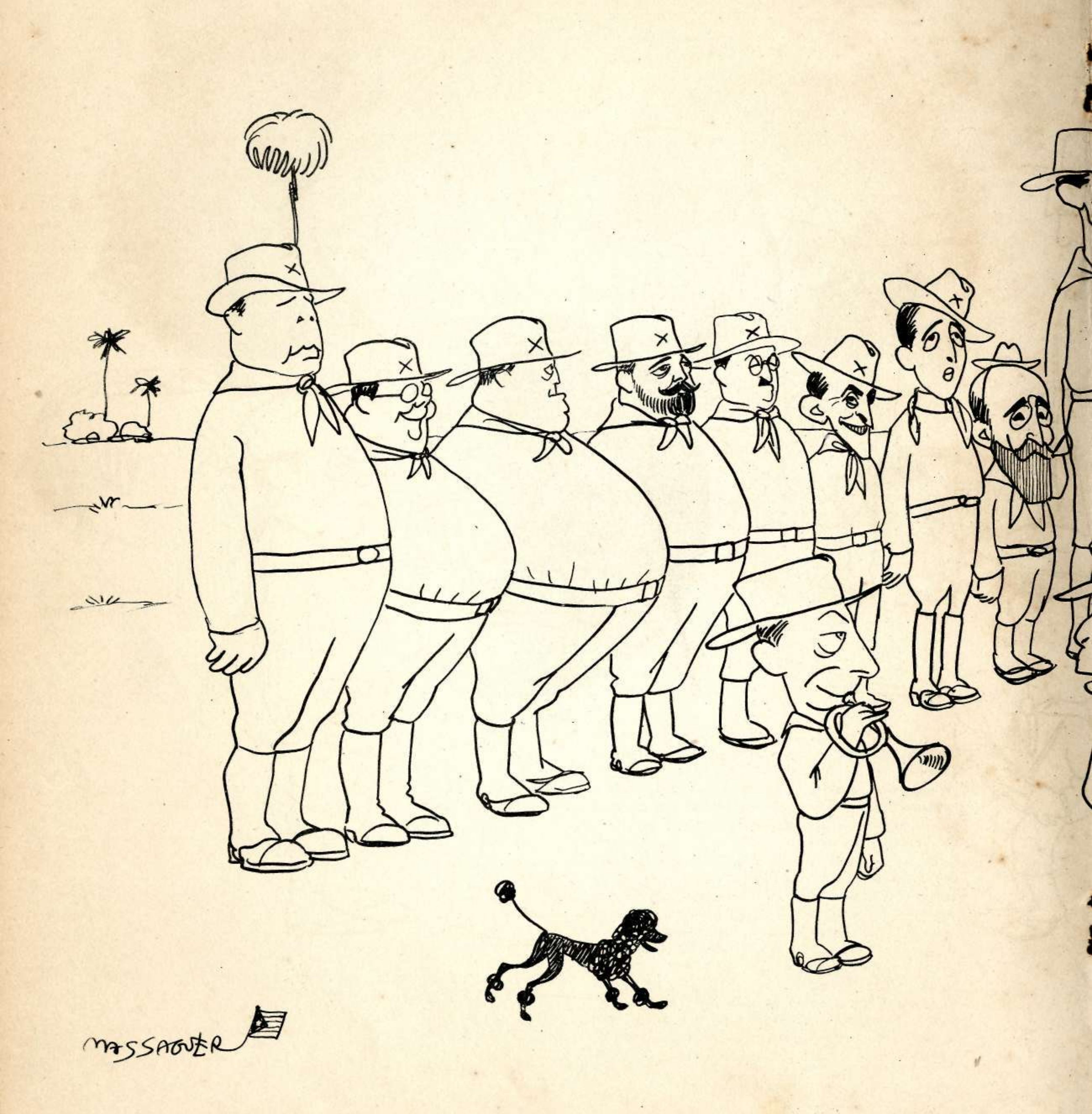
Jornada brillantísima fué la que rindió, durante las breves semanas que estuvo actuando en el teatro de la colonia gallega, la compañía Guerrero-Mendoza. Sería inútil, en estas rápidas líneas, decir algo nuevo sobre tan eximios artistas de la escena. Durante más de seis lustros han llenado ellos por completo todo el teatro español. Para elogiarlos no hay necesidad de amontonar adjetivos; basta con decir María y Fernando. Marqués de Fontanar, Conde de Balazote y Grande de España de Primera Clase, don Fernando Díaz de Mendoza y su insigne esposa, además de la grandiosa labor artística, han realizado en España otra no menos valiosa y noble: la de llevar y dignificar el teatro español o, mejor dicho, el arte teatral, pues con el prestigio de su nobleza, de su aristocracia y de su distinción han hecho que aquellos a los que en otra época hasta se les negaba enterrar en sagrado, sean hoy recibidos por reyes con los que alternan y se igualan.

GUERRERO - MENDOZA.



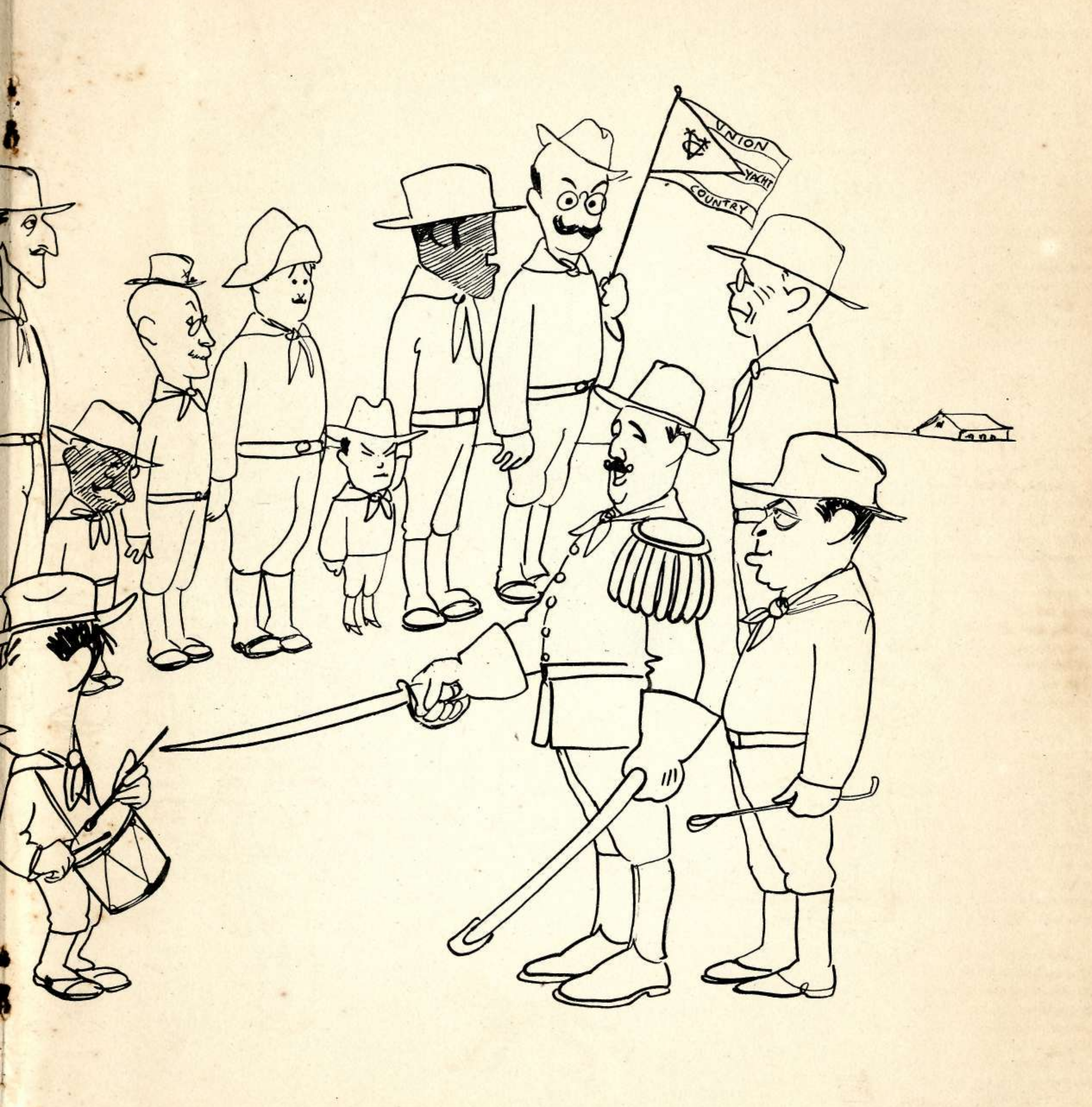
En esta "tournée", admirablemente interpretadas por todas las partes de la compañía, hemos presenciado el estreno de "El collar de perlas", "La propia estimación" y "Campo de armiño", que con "La ciudad alegre y confiada" nos revelaron cómo el Benavente de estos últimos años no ha logrado superar, ni aun igualar, al que produjo "Los intereses creados", "La noche del sábado" o "La princesa Bebé"; las creaciones históricas de los dos grandes poetas Marquina y Villaespesa; la mediana producción de Paul Hervieu, "El destino manda"; "El duque de él", de los hermanos Quintero; "La túnica amarilla", exótica y maravillosa obra a la manera china; "La enemiga", de Darío Nicodemi, tal vez el mejor de cuantos estrenos nos ofrecieron, y, por último, "El bandido", de Catá e Insúa y del que en otra edición nos ocuparemos. En resumen, somos acreedores a los ilustres embajadores del arte teatral español de nuestra más profunda gratitud por las noches inolvidables de arte, belleza y distinción que nos proporcionaron.

¡AL COMBATE CO



LOS MILICIAN

ORRED, BAYAMESES!



OS DEL 401

Continuación de la página 17.

de mi hermana. Podía pensar que no era Alicia quien estaba allí, y que aquellas personas hacían cualquier cosa menos operar a una mujer viva y dormida. Además, de lejos aquello no era tan horrible.

Vi cómo retiraban una masa informe y rojiza, del tamaño del puño y la ponían en una bandeja que alargaba la enfermera para recibirla. En seguida comprendí que cosían, por el movimiento de las manos y por el hilo que preparaban los ayudantes. Con seguridad estaban terminando, pues el doctor Argensola y su compañero hablaban tranquilamente de la ópera, como si el trabajo que realizaban no exigiese ya una atención absoluta.

Un momento después el anestesista retiró la careta del cloroformo, y, abandonando su sitio, fué a reunirse con los operadores para charlar de la última función de abono en el teatro Nacional. Los dos cirujanos hablaban sin levantar las manos del trabajo.

—¿Crin?—preguntó una enfermera revolviendo entre los paquetes de una mesilla.

—No; puntos metálicos—respondió Argensola.

Estaba casi tranquila ya; pero no me atreví a acercarme por temor a que volviera a apoderarse de mí aquel vértigo que estuvo a punto de hacerme perder el conocimiento. Esperé, pues, sabiendo ahora que no tardarían en concluir. Argensola se volvió para buscarme y me vió en el ángulo del salón donde me había refugiado, apoyada todavía en la pared.

—¡Ah, qué valiente!—exclamó en tono de burla.—Venga; puede acercarse ahora sin temor, porque ya hemos acabado.

Se había despojado del tapabocas y del gorro, y aparecía su ancho rostro sudoroso, con el cabello y el bigote erizados.

Me acerqué poco a poco. Ya no había herida, no había sangre. En mitad del vientre, de nuevo pálido y terso como una cúpula de marfil, se veía sólo una línea de pequeños ganchos metálicos que se hundían en la piel. Dos enfermeras lavaban suavemente con agua oxigenada los alrededores de esta línea, mientras se preparaban los vendajes.

. . . .

Abandoné con gusto aquel salón, con su ambiente de cloroformo y de matadero, a fin de seguir el carrito donde Alicia, envuelta en frazadas, era transportada nuevamente a su habitación. Cuando llegamos a ésta vi que era la una y media. Mi padre estaba más bien caído que sentado en una silla, y tan abatido que se hubiera dicho que dormía; mientras Trebijo se paseaba nerviosamente a lo largo del cuarto, sin perder de vista la puerta. Al entrar nosotros, el primero levantó el rostro, y pude ver sus ojos enrojecidos, comprendiendo que había llorado.

—¿Salió bien?—dijeron al mismo tiempo los dos hombres.

—¡Bien! ¡muy bien!

Nos abrazamos entre lágrimas y besos de alegría. Las enfermeras, entretanto, colocaban a Alicia en su lecho y abrían de par en par las ventanas.

El reló señaló las dos menos cuarto, sin que mi hermana volviera en sí de la anestesia. Le daban aire con un abanico, y, de tiempo en tiempo, le tomaban el pulso. Me cruzó por la mente un pensamiento insensato: "¡si muriese por culpa mía!" Y me estremecí. ¿Por qué le había dicho a Fernando que me esperase a las dos? Padecía tan cruelmente por el irrealizable anhelo de estar en dos lugares al mismo tiempo, que acabé por abandonarme, sin fuerzas, a mi destino, pensando en lo dulce que sería morir en medio de un sueño como el de Alicia, huyendo de un mundo donde sólo hay dolor para los seres después de infinitas luchas...

A las dos Alicia hizo algunos movimientos, sin abrir los ojos todavía. Agitaba los labios, como si paladease una substancia de sabor extraño y crispaba los dedos sobre las sábanas. Nos acercamos todos a la cama, mientras seguían dándole aire con el abanico. Sus párpados temblaron entonces. La llamamos: "Alicia", "Alicia". Al fin, abrió los ojos y los paseó por la habitación, sin reconocernos. Un momento después brillaron, al fijarse en mí, y me tendió una mano desmayada.

No esperé más: corrí al teléfono, casi perdida la cabeza, y llamé a Ursula. Eran las dos y cuarto. No me atreví a nombrar a Fernando, porque había dos o tres personas cerca de mí. Dije sencillamente quién llamaba, y la señora de Montalbán me respondió con voz melosa que "una persona" había estado allí a las dos, y acababa de marcharse; no sin suplicarle que la disculpara conmigo. Tiré con rabia el receptor, sin aguardar a que acabara de preguntarme cómo había salido mi hermana de la operación. Bruscamente sentí que un negro abismo se abría en mi alma; en esta alma que no creía, que no había querido creer en su infortunio. En el instante en que mi espíritu conturbado por las crueles escenas que acababa de presenciar necesitaba consuelo y palabras tiernas y el eco de una voz querida que me confortase, lo que más amaba en el mundo, mi anhelo, mi dicha y mi condenación, huía de mí, con el vano pretexto de unas ocupaciones urgentes en que yo no creía... Si tenía un adarme de delicadeza ¿podía ignorar el afán de echarme en sus brazos que necesariamente tenía que sentir mi corazón en aquellos instantes? La ira hizo que mi dignidad de mujer se impusiera un momento a mi dolor de amante y aquel momento fué el que aprovechó mi voluntad para trazar con firmeza la línea de conducta a que había de ajustarme mientras Alicia estuviera enferma.

. . . .

LAS BODAS DE MARZO.



SRTA. VICENTA BARRAQUÉ,

hija de los Sres. José Barraqué-Adué y Gloria González Salgado, que contraerá matrimonio con el señor Francisco Pons, hijo del Sr. Presidente del Centro de Dependientes.

Fot. American Photo Co.



FEBRERO SOCIAL.

COMPROMISOS.

—Ada Espinosa Pellicer y Rafael García Bango.
—Estela Martínez Betancourt y Raoul Fumagalli Justiniani.
—Ana María Quintana y Jorge Ponce.
—Isabel del Barrio y Enrique Llansó y Ordóñez.
—Anita Sánchez Esteban y Alfredo Longa y Aguirre.

BODAS.

4.—OLGA SEIGLIE y JOSE GOMEZ MENA. (En la intimidad.)
—REGINA RODRIGUEZ y RENE DUSSAQ. (En New York.)
10.—GEORGINA ESPINOSA, hija del ex Senador J. M. Espinosa, y VIRGILIO VILLALTA. (En la iglesia del Vedado.)
17.—ASUNCION URRECHAGA DE ARMAS e IGNACIO PEREZ DE CASTAÑEDA Y MARTINEZ IBOR. (En la iglesia de Monserrate.)
—CARMELA DELFIN y LUIS F. MOREJON. (En la iglesia del Vedado.)
19.—MARIA TERESA PEREZ PIQUERO y SALVADOR PEREZ DE CASTAÑEDA Y MARTINEZ IBOR. (En la iglesia del Vedado.)

LLEGARON.

Pelayo García, Mrs. Lyons, Manuel Ponce e hija, Fabián García, Ramón Ulacia, coronel Manuel Piedra (Ministro de Cuba en Guatemala), Manolín Hierro, Oscar Montero, Rafael Martínez Ibor, Rafael Merchan, Arden Robbin y señora (neé Merceditas Martínez), René Dussaq y señora.

EMBARCARON.

Mr. Julián Ulmer de New York, Orestes Ferrara y señora, Raimundo Cabrera y familia, Pelayo García y familia.

VIDA DIPLOMATICA.

5.—El Secretario de la Legación española, señor J. M. Aríztegui, ha sido trasladado a Colombia con el cargo de Encargado de Negocios.
—El señor Ministro de Bolivia, doctor Ignacio Calderón, presentó sus credenciales al señor Presidente de la República.
9.—El señor Belisario Porras, Ministro de Panamá, presentó sus credenciales.

HUESPEDES DISTINGUIDOS.

El banquero Cochrane, de Boston.
El señor y señora Paz (La Argentina).
Ignace Paderewsky, el pianista polaco.
Ana Pavlowa.
General Alfredo González Franco, ex Presidente de Costa Rica.
Doctor Manuel Quesada, ex Ministro de Costa Rica en Washington.
Alberto Spalding.
Madame Loreta del Valle.
El pianista André Benoist.

EVENTOS.

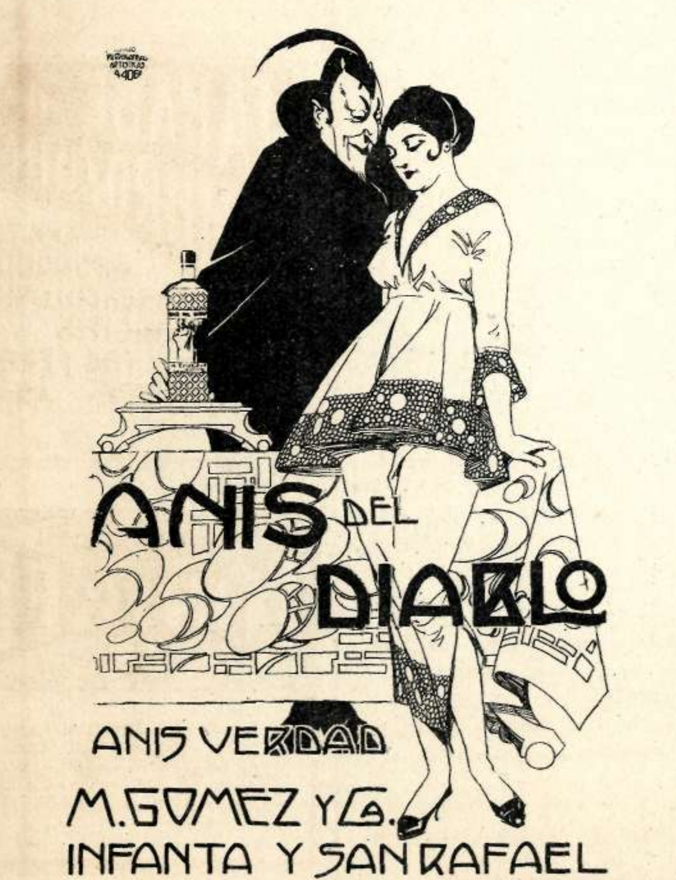
2.—El Día Belga.
4.—El baile belga en el teatro Nacional.

Continúa en la página 33.



José Pablo Massaguer.





Permítasenos hacer, por breves instantes, un alto en nuestras labores y dedicar este pequeño espacio de nuestra revista a la memoria de aquel que hoy, como ayer y siempre, ocupa en nuestros corazones el lugar primero: nuestro padre.

Y con ello no sólo cumplimos un deber filial, sino que, al mismo tiempo, le rendimos justo y merecido tributo.

En esta revista, como en todas las empresas que hemos llevado a cabo, tuvo él principal y marcada participación.

Fué constantemente nuestro consejero y fué algo más también: fué nuestro colaborador.

Nos dirigió con sus consejos, con sus advertencias, con sus observaciones; nos ayudó en todos los trabajos, tanto de índole literaria y artística como los puramente administrativos.

Pocas horas antes de morir, aún se ocupaba, con diligente atención y cuidado, de los menores detalles referentes a la instalación y funcionamiento de nuestra nueva casa y nuevos talleres, cosas ambas que no pudo ver terminadas, como él tanto anhelaba, pues antes, la Intrusa dispuso de él y se lo llevó hacia la mansión eterna de donde jamás se vuelve.

Quede aquí, pues, en este rincón del SOCIAL, por el que con nosotros luchó y trabajó, el testimonio de nuestro recuerdo, imborrable, imperecedero.

CONRADO W. MASSAGUER.
OSCAR H. MASSAGUER.

DIRECTORIO

DR. JOSE ALEMAN
NARIZ, OIDOS, GARGANTA
Consultas de 2 a 4. Virtudes, 39. altos.
TELEFONO A-5290
Domicilio: Concordia 88.-Teléf. A-4230

DR. RODRIGUEZ MOLINA
Ex-Jefe de la Clínica del Dr. P. Albarrán
Enfermedades de las vías urinarias
Horas de clínica: de 9 a 11 de la mañana.
Consultas particulares: de 4 a 6 de la tarde.
Señoras: Horas especiales, previa citación.
Lamparilla 78

DR. VICENTE GOMEZ
OCULISTA
OIDOS, NARIZ Y GARGANTA
Consultas de 1 a 4. Teléfono A-2208.
Habana 51, altos.

R. HORACIO FERRER
OCULISTA
Neptuno 36. Teléf. A-1885.

DR. ALFREDO DOMINGUEZ
CONSULTAS DE 1 A 3
San Miguel 107. Teléfono A-5807.

DR. E. FERNANDEZ SOTO
Garganta, Nariz y Oídos.
Especialista del Centro Asturiano.
MALECON, 11, altos. Esquina a Cárcel.
Teléfono A-4465

DR. PEDRO A. BARILLAS
Especialista de la Escuela de París
ESTOMAGO E INTESTINOS
CONSULTAS DE 1 A 3
Genios, núm. 15. Teléf. A-6890

DR. FERNANDEZ TRAVIESO
CIRUJANO
Especialista en Enfermedades de Señoras.
De 1 a 3. - SALUD 75. - Telé. A-1383

DR. JOSE VALDES ANCIANO
Medicina Interna en General
San Lázaro, 223.

DR. ANTONIO DIAZ ALBERTINI
MEDICINA EN GENERAL
De 1 a 3. Zulueta 36. B. Tel. A-2682

DR. RICARDO M. ALEMAN
ABOGADO
BUFETE: EMPEDRADO NUMERO 34
TELEFONO A-5687. Particular: A-4230

DR. SEGUNDO GARCIA TUÑON
ABOGADO
Teléfono A-4005. CUBA NUM. 81

RODOLFO ARMENGOL
NOTARIO
Teléfono A-2376. Aguiar núm. 78.

DR. RAULIN CABRERA
ABOGADO Y NOTARIO
Teléfono A-3890 OBISPO No. 50

FEBRERO SOCIAL.

Continuación de la página 31.

5.—Debut de Esperanza Iris en Payret.
—Estreno de la ópera de Laureano Fuentes Matons "Seila" por la compañía Bracale.
—Five o'clock ofrecido por el doctor Juan D. García Kohly, Ministro de Cuba en Holanda y Suiza, a los marinos del barco holandés.
—Velada en honor del escultor Boni, en la Academia de Ciencias.
6.—Primer concierto de Paderewsky.
8.—Homenaje a Rubén Darío en el Ateneo.
—Debut de Ana Pavlowa en el Nacional.
9.—Segundo concierto de Paderewsky.
19.—Primer concierto del violinista Spalding en la "Sala Espadero".
22.—Segundo concierto de Spalding.
25.—Tercer concierto de Spalding.

OBITUARIO.

Sr. Ignacio O'Farrill y Chappotin.
Srta. Emelina Suárez Palla.
Doctor Antonio Gordon de Acosta.
Sra. Matilde de Córdova, viuda de Sánchez.
Sr. Carlos E. Beck.
Sra. Juana Sastre, viuda de González.

A TRAVES DEL "MONOCLE".

Continuación de la página 10.

—Es usted una enciclopedia.

—No, señor: cualquiera que no sea de este tiempo, sin que tenga para ello que ser un fósil, le podrá informar mucho mejor que yo de lo que es nuestra historia y nuestra familia. Fíjese que todos son apellidos de la mejor aristocracia española y que algunos aún perduran entre nosotros, a pesar del horrible trasiego de fortunas e individuos. La sociedad se ha renovado casi totalmente y la que ha venido a sustituir a la "vieja nobleza", que pudiera llamarse así, es el producto de la perseverancia y el trabajo y por ello tan digna y estimable como la de añejos pergaminos. Es verdad que en estas revueltas todos los que suben no deben su fortuna al mérito, sino a la ocasión o la fortuna, pero como una cosa semejante no se oculta a nadie, ni el mismo interesado puede disimularlo, en el pecado llevan la penitencia...

—Decía a usted que hoy apenas se nota en nuestro mundo social la ausencia repentina de muchas personas, no obstante que son sobradamente conocidas. La causa está o estriba en que no existe ahora la solidaridad y la cohesión que existía en la vieja sociedad, mucho más restringida y más íntimamente enlazada, por lo que un golpe como el actual hubiera producido un vacío enorme y una catástrofe para la empresa.

—A la verdad, no podemos quejarnos.

—Claro está que en tiempos normales, aunque fuera un poco tarde para la temporada, el éxito material hubiera sido enorme.

—Fernando piensa volver antes de dos años.

—Que así sea, amigo Medrano, y que reanudemos esta conversación con la envidiable salud que Dios le conserve.

. . . .

Unos cuantos días después, al entrar en el Club, uno de los chiquillos que allí están al servicio de recados me entregó una tarjeta diciéndome:

—Me la ha dado un caballero que usa, como usted, unos espejuelos que no tienen más que un vidrio.

¿Delicioso, eh?

Era de Medrano, que se despedía.

Abbott Detroit

Un automóvil de precio razonable.

Un coche lujoso.

Un motor económico.



Cuban Auto Importing Co.

Lonja del Comercio.

LA CONDESA DE SAN ANTONIO.

Continuación de la página 14.

desaparecido de Cuba como el del añil, el del cacao, el del café, para convertir esta tierra en un inmenso cañaveral, donde los cubanos serán colonos trabajando para su señor. Es una resurrección del feudalismo de los tiempos de Velázquez y de Vasco Porcallo.

De vuelta a la Habana, la condesa de San Antonio, que hizo lo que pudo en bien de su tierra y no hizo más porque el tesoro estaba agotado por el Marqués de la Habana, inauguró la escuela de párvulos en la casa de Beneficencia y prestó su calor y dió su dinero para cuantas instituciones de caridad se llevaron a cabo. Era tan bella como viva de genio y amable, al punto de que durante el mando de su esposo jamás estuvieron cerradas las puertas de palacio aún para los seres más miserables que llamaban a ellas.

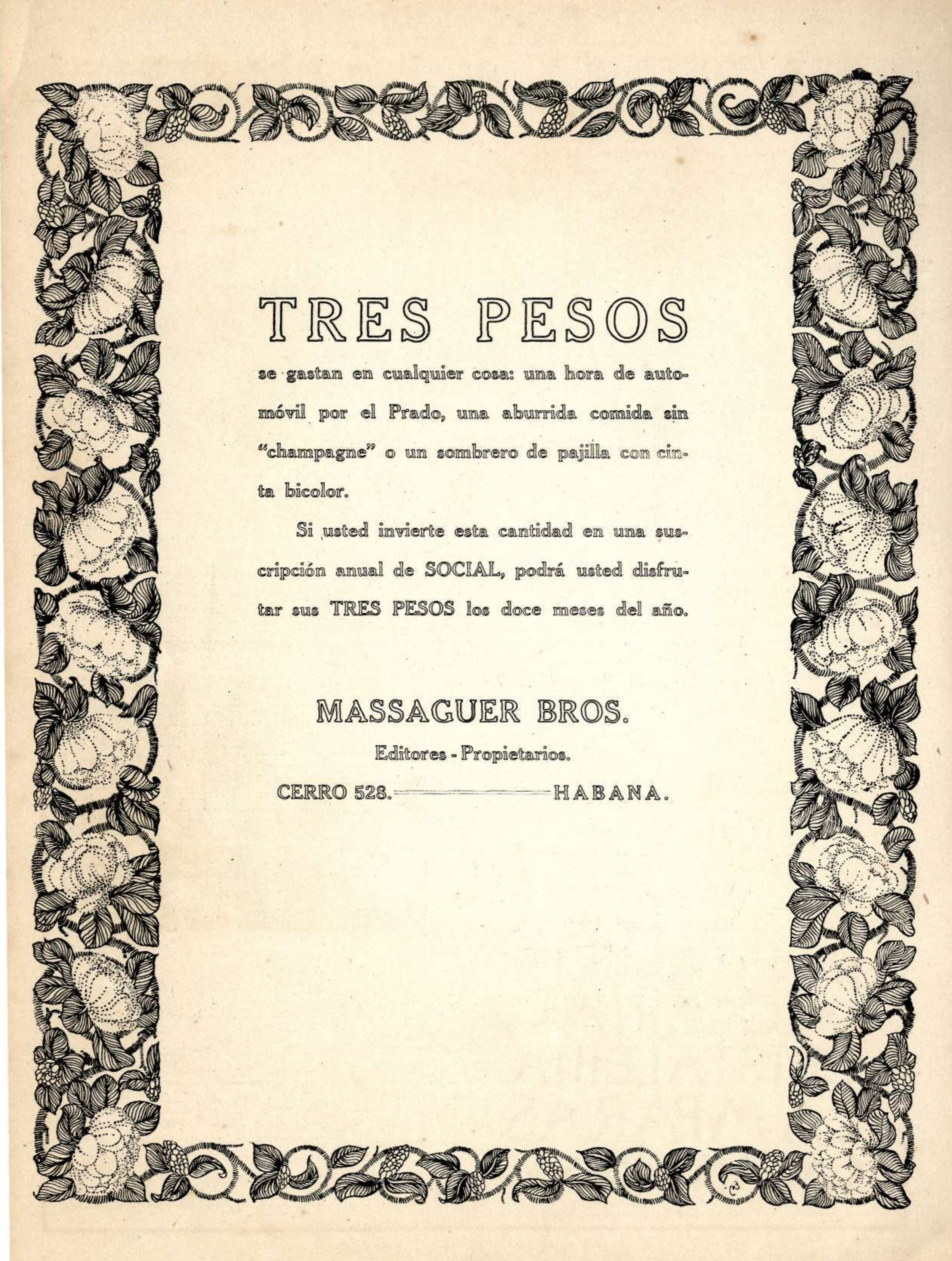
Serrano cesó en el mando, sin dejar tras de sí ni sangre ni lágrimas, el 10 de Diciembre de 1862. Cuando habló en el Congreso pronunció aquella frase memorable que ha merecido el anatema del integrismo: *"Si la suerte de los cubanos no se mejora, tendrán razón para sublevarse".*

La carrera política de Serrano es muy conocida. Después de la revolución de Septiembre alcanzó el puesto más alto que tuvo un militar español: fué regente del reino con tratamiento de Alteza. Por esta circunstancia bien puede decirse, como ha dicho con mucha razón nuestro estimado colega "El Mundo", que una cubana fué casi reina de España. Y sin casi también, decimos nosotros. Vivió en plena corte y tuvo a sus pies a muchos tal vez de los que después la difamaron.

Lamentable frivolidad.

Por VICENTE BLASCO IBAÑEZ.

Un nuevo placer había venido del otro lado de los mares para la felicidad de los humanos. Las gentes se interrogaban en los salones, con el tono misterioso de los iniciados que buscan reconocerse: "Sabe usted *tanguear?*"... El tango se había apoderado del mundo. Era el himno heroico de la humanidad que concentraba de pronto sus aspiraciones en el armónico contoneo de las caderas, midiendo la inteligencia por la agilidad de los pies. Una música incoherente y monótona, de aspiración africana, satisfacía el ideal artístico de una sociedad que no necesitaba de más. El mundo danzaba... danzaba... danzaba. Un baile de negros de Cuba introducido en la América del Sur por los marineros que cargan tasajo para las Antillas, conquistaba la tierra entera en pocos meses, daba la vuelta a su redondez, saltando victorioso de nación en nación... lo mismo que la *Marsellesa.* Penetraba hasta en las cortes más ceremoniosas, derrumbando las tradiciones del recato y de la etiqueta, como un canto de revolución: la revolución de la frivolidad. El Papa tenía que convertirse en maestro de baile, recomendando la *furlana* contra el *tango*, ya que todo el mundo cristiano, sin distinción de sectas, se unía en el deseo común de agitar los pies, con un frenesí tan incansable como el de los poseídos de la Edad Media.



TRES PESOS

se gastan en cualquier cosa: una hora de automóvil por el Prado, una aburrida comida sin "champagne" o un sombrero de pajilla con cinta bicolor.

Si usted invierte esta cantidad en una suscripción anual de SOCIAL, podrá usted disfrutar sus TRES PESOS los doce meses del año.

MASSAGUER BROS.

Editores - Propietarios.

CERRO 528. ——— HABANA.

La Cabeza del Bautista.

POR GUSTAVO FLAUBERT.

Página de HERODIAS.

De pronto repercutió en las galerías un ruido de pisadas. La impaciencia era intolerable.

Entró la cabeza. Mannaei la tenía de los pelos, y estiraba el brazo, orgulloso de los aplausos de la muchedumbre.

Después de colocarla en un plato, la ofreció a Salomé.

La joven la subió presurosa a la tribuna; minutos después volvió a bajarla aquella vieja que Antipas divisó por la mañana en el terrado de una casa, y no hacía mucho, en el aposento de Herodías.

El Tetrarca retrocedía para no verla. Vitelio le dirigió una mirada indiferente.

Mannaei bajó del estrado, y la enseñó a los capitanes romanos y a todos los que comían en aquella parte.

La examinaron.

La aguda hoja del instrumento, incidiendo de arriba abajo, había cogido la mandíbula. Una convulsión estiraba la boca. La barba estaba salpicada de sangre, coagulada ya. La palidez de los párpados cerrados se asemejaba a la blancura de la cáscara del huevo. Los candelabros contiguos teñían el semblante con su reverberación.

Pasó la cabeza a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo le dió vuelta, mirándola con curiosidad. Mannaei volvió a colocarla derecha y la puso delante de Aulo, que despertó entonces. Las pupilas apagadas del mozo y las pupilas muertas que tenía delante, parecían decirse algo al través de las pestañas.





Continuación de la página 18.

Iba a demostrarle prácticamente el efecto del luto sobre su pálida tez de mujer doliente.

Margarita se quedó sola, observando. Yo me oculté. No me interesaba aquello, y, además, temía incurrir en un pecado de mala crianza.

—Mira—díjome Margarita,—todavía hace signos negativos con la cabeza. Y, sin embargo, se nota que es víctima del dolor, de un dolor sincero, muy hondo, de esos que sólo saben sentir las mujeres, y que se sobrepone a todo. Algún gran amor truncado impensadamente, cuando acababa de cristalizar en idilio, una luna de miel cortada por la Muerte...

—Sí, gran dolor, que se preocupa mucho de los trapos.

—¡Ay, si eso es natural! Cada cosa necesita su lugar y al traje le corresponde el primero en nuestro corazón.

Miré a Margarita, sonreí como había hecho tantas veces al escuchar sus extravagantes ideas y, casi a la fuerza, la arranqué de allí. No me asombraban sus palabras. La había oído decir tantas veces dislates semejantes al declarar que *el traje es lo primero*, que ni siquiera sentí asombro. Aquella cabecita admirable disparataba siempre de una manera deliciosa.

Cuando volvimos a casa, y Margarita se despojó de su traje de calle, pensé en la dura necesidad de separarme de ella, para cumplir el arduo deber de visitar a un amigo enfermo, y dándole un beso, me despedí de ella. Era sólo un momento. Antes de media hora estaría de regreso.

Pero yo no puedo estar sin Margarita; necesito verla, oirla, respirar el ambiente que ella respire. Y apenas pasado el umbral de la casa que alberga nuestro amor, resolví dejar la visita para el siguiente día, pues mi amigo estaba bastante grave para no ponerse bien en veinticuatro horas, y bastante bien para no morirse antes de la tarde siguiente.

Volvíme quedamente. Introduje, con la habilidad de un ladrón, mi llavín en la cerradura, le hice girar, cedió la puerta, y de puntillas, sigiloso, entré hasta su *boudoir*. Todavía estaba ella ante el gran espejo de su vestidor. Pero hacía un movimiento que al principio no pude explicarme. Tenía una tela negra entre las manos. La retorcía, y con alfileres se empeñaba en darle forma. Esperé, conteniendo el aliento. Al cabo, se la puso. Colgábale por detrás en una gran cola, que llegaba a la cintura, lo que le daba el mismo aspecto que si un gran pájaro negro se hubiese posado sobre su cabeza. Miróse atentamente en el espejo, mientras con un abanico negro abierto, cuyo origen no pude conjeturar, se tapaba el pecho para que el color rosa de su camisa de seda no impidiese al negro de la improvisada toca producir el efecto que ella esperaba ver. Súbitamente, cuando quiso observar el efecto posterior, giró sobre sus talones. Aunque seguía con la cabeza medio vuelta hacia el espejo, advirtió algo raro detrás de ella y se volvió del todo, sorprendiéndome en mi atisbadero.

Quedéme inmóvil. Sonreía yo, deseoso de evitar que se enfadase. Al cabo de un segundo de indecisión, sonrió ella también.

—Chico, no lo pude evitar, quise saber cómo sería mi aspecto si vistiese galas de viuda.

—¿Galas de viuda? ¡Absurdo encantador! Pero, oye, te está tan bien, tan bien, que quisiera morirme y no perder el sentido de la vista, sólo por disfrutar el espectáculo que ofrecieses, adornada con esas galas triunfales y solemnes.

—No, amor, no: contigo hasta la muerte—dijo entrelazando sus manos con las mías—sin ti no quiero nada, ¡ni el traje de viuda!

Y ante aquella solemne declaración, ante aquella renuncia expresa y formal de las galas de la viudez, volvió a reinar entre nosotros el Amor y pareció como si sobre nuestras cabezas unidas por un largo beso se proyectase un iris de paz en la calma augusta de nuestro nido...



EL MEDICO DE LOS MUERTOS.

Continuación de la página 25.

premamente alegórica, cumpliendo así con lo que es (a mi entender) la más alta finalidad de la escultura. Y que me perdone esta opinión y este deseo la respetable Facultad de Medicina".

Pero no termina aquí, con ser de sobra sangrienta y cruel, la broma de que han sido víctimas los médicos.

A la ironía del azar, colocando la estatua del padre de la Medicina en el umbral casi de la morada donde habitan los únicos que ya no pueden utilizar los servicios médicos y que tal vez son víctimas de ellos, y a la ironía, aún más implacable, con que el doctor Lanuza pide que no se quite de allí esa estatua porque es un símbolo, hay que añadir una nueva burla que la necesidad ha introducido para completar lo que bien pudiera denominarse "tríptico irónico".

Es necesario que en el cementerio haya un individuo dedicado expresamente a dar fe de que los cadáveres llevados a enterrar son en realidad *cadáveres muertos*. Y esa plaza sólo puede desempeñarla un médico: *¡el médico de los muertos!*

. . . .

Hemos llegado al cementerio tras el cortejo fúnebre de un amigo o conocido. Cuatro zacatecas sacan en hombros la caja mortuoria para depositarla, antes de darle sepultura, en la mesa de mármol que a ese efecto existe en los portales de la menos burocrática de nuestras oficinas públicas.

Un señor pequeño, apergaminado y enjuto, se acerca. A un gesto suyo, destapan la caja. A través del cristal, dirige una rápida mirada al rostro del difunto. Hace otro gesto y vuelve a cerrarse el ataúd. El *médico de los muertos* ha cumplido su misión.

Muchas veces, al encontrármelo en la calle enfundado en su antidiluviano chaqué verdinegro y llevando en la diestra enorme paraguas de los llamados antiguamente "de billetero", he tenido la intención de celebrar con este discípulo de Esculapio una interview. Pero, dejándolo de un día para otro, nunca he llegado a entrevistarlo.

¿Habrá él, al fin, descubierto, después de estar mirando a diario cara a cara, a tantos cadáveres, el misterio de la muerte? ¿Sabría explicarme dónde comienzan los linderos del más allá? En la vidriosa mirada y el gesto último que como huella de su marcha definitiva ha dejado la vida al abandonar aquellos cuerpos, ¿no ha podido sorprender el secreto del *ser* y del *no ser?*

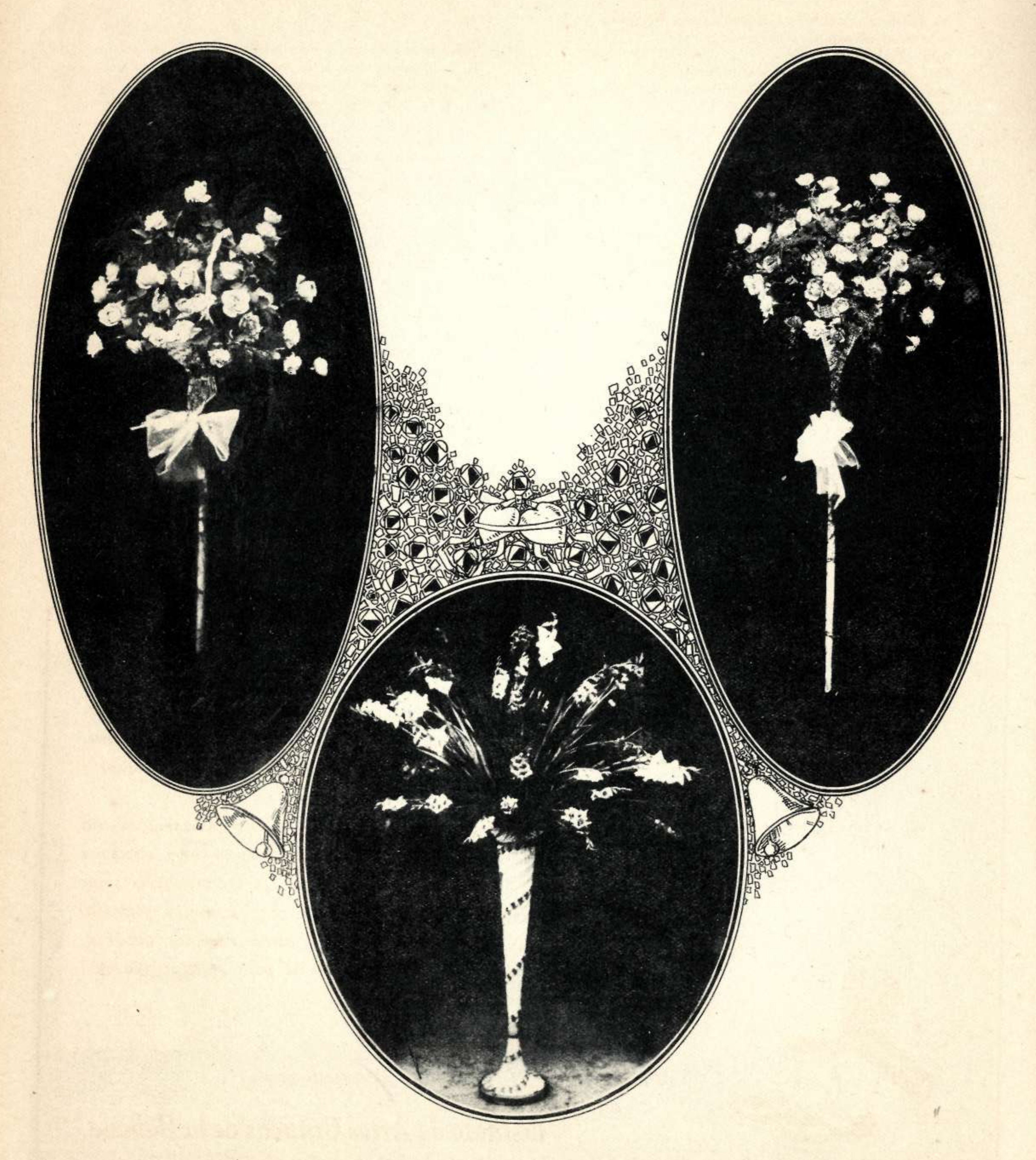
Me he fijado muchas veces, detenidamente, en nuestro personaje cuando está en funciones, y me ha parecido adivinar cierta inteligencia entre él y sus clientes. Siempre, al observarlos tras el cristal de la caja, les guiña un ojo, de ese modo especial con que solemos dar a entender a otra persona que nos damos cuenta y estamos al tanto de lo que se trata o pasa. ¿Ellos, los cadáveres, le contestan? ¿El guiño que él hace es un santo y seña? ¿O es un tic nervioso, hijo tan sólo de la costumbre?

. . . .

Tal vez, ni tú mismo podrías decírmelo, ¡oh médico de los muertos!, el más famoso de los galenos, pues nunca has matado a ninguno de tus clientes. Y si lo sabes, guárdatelo, no nos reveles el Misterio.

¡Qué íbamos a hacer los hombres con la Verdad!

LAS FLORES



Tres modelos de "El Fenix": Dos cayados para "damas de honor" y un lindo "porta-bouquet."

Fot. American Photo Co.

YO FUI UN PAJE

POR SANTIAGO ARGÜELLO.

Yo fuí un paje del buen Rey don Jaime. No había
paje como ese paje en el ser noche y día
triste. Y ese paje era yo.
Más ágiles y vivos, de más suave frescura,
más sabios, más airosos, con mayor donosura,
pero con más tristeza no.

De noche, por la ojiva, contemplaba el paisaje.
—La noche era la hermana de tristeza del paje.—
Veía la luna desfilar,
tal un caique sin remos ni marinos, que iba
en ondas sin rumores de noche pensativa...
Y me ponía a suspirar.

Evocaba a la Reina de los labios de fresas.
—La Reina era la diosa de mis mudas ternezas.—
Y le rezaba a solas mi oración de tristezas.
La luna era mi vela, y la noche mi altar.

Y evocaba a la Reina: que la hacanea blanca;
que el gerifalte al hombro; que el tisú de oro al anca;
que en mí se apoyó un día para descabalgar;
que la presión de rosas me perfumó; que el traje
con su idioma de seda le dijo adiós al paje...
Y me ponía a sollozar.

Y un día me morí
de mal de ánimo y
de amor. Y entre otros pajes en la tumba dormí.
Y fué para siempre jamás.

Sobre mi tumba en lágrimas, un saúz se despeina.
Yo fuí un paje. Morí de amor. Amé a la Reina
Y ella no lo supo jamás...

Velando a Clara.

POR JUAN R. JIMENEZ.

¡Qué bien estás así, cabeza adolescente,
en la blandura tibia de la dulce almohada!
¡Qué nobleza la de tu palidez indolente,
la de tu melancólica desidia reclinada!

...Roja, la tarde muere en nubes suntuosas:
una algarada sorda nos llega de lo lejos...
La mano del ocaso prende pálidas rosas
entre las muselinas y allá por los espejos...

No sé qué palidez nos envuelve en penumbra,
aunque estamos tan cerca ¡a qué ilusión nos vamos!
...Súbita, una luz agria y equívoca se alumbra
y, como en otra estancia, de pronto, nos hallamos.

Te quejas... ¡Qué ternura la de tu boca pálida,
donde la fiebre pinta sus falsas primaveras!
¡Cuán débilmente oprime tu fina mano cálida!
¡Cómo me miras desde tus enormes ojeras!

¡Ay! Si esa sombra trágica que te inunda, no fuese
más que el nublado vago del cansancio de un día!
¡Si mañana la aurora ¡levanta! te dijese,
y te irguieras segura, radiante de alegría!

¡Oh, sí, Señor, Señor, que padeciste tanto,
da otra vez su luz negra a ese mirar profundo!
¡Levanta esa cabeza que contiene en su encanto
todas las maravillas inmortales del mundo!


Singer
EL "Singer Six" para 1917 es el carro FASHIONABLE, el indiscutible entre las mujeres elegantes y los hombres irreprochables. La riqueza de su *acabado*, el silencio de su motor y el refinamiento de su carrocería le da la supremacía entre los automóviles de América.
SUS AGENTES:
Gómez y Martínez.
Galiano 49, 51, 53. — Salón de Exhibición: San Rafael 10.



EL CAMPEONATO DE 1917.

La American Automobile Association, según nos da cuenta la revista "El Automóvil", de acuerdo con los directores de las diferentes pistas americanas, ha tomado ya importantes decisiones con respecto al campeonato de 1917. Entre ellas se puede citar la de hacer solamente ocho carreras de campeonato que deberán ser corridas en pista, y no podrán ser menores de 100 millas. El importe total de premios no podrá bajar de 100 pesos por milla. Las carreras de campeonato serán las siguientes:

Mayo 30	Indianapolis.
Junio 9	Chicago.
Julio 4	Omaha.
Julio 14.	Des Moines.
Julio 28	Tacoma.
Septiembre 3	Cincinnati.
Septiembre 15	Providence.
Septiembre 29	New York.

Además fuera de concurso se celebrarán las siguientes carreras:

Mayo 19 . .	New York.
Junio 23 . .	Cincinnati.
Agosto 4 . .	Kansas City.
Octubre 6 .	Kansas City.
Octubre 13 .	Chicago.
Octubre 27 .	New York.

A los corredores que tomen la salida y no logren ganar ningún premio, se les abonará 100 pesos para gastos de transporte del coche.

Una innovación se presentará este año, y es que los corredores llevarán durante todo el año, su coche marcado con el número igual al orden que les correspondió en el campeonato de 1916. Así, Resta llevará siempre el número 1, Aitken el número 2, Rickenbacher el número 3, etc., evitando el tener que pintar números nuevos en cada carrera.

Sobre la cesión de puntos habrá que tomar acuerdos para dar una solución satisfactoria en el caso que un driver cambie de coche durante la carrera.

Estos son los planes de la A. A. A. para el presente año, pero la actitud bélica en que los Estados Unidos se han puesto frente a Alemania, podría dar al traste con esos proyectos. En caso de ruptura de hostilidades la mayoría de los célebres corredores de automóviles entrarían al servicio de la aviación militar.

Eddie Rickenbacher, el afamado driver que ya regresó de Europa, es el iniciador de un movimiento entre la mayoría de los corredores y sus mecánicos para ingresar en la aviación en caso de guerra, pues alegan que ellos ya están acostumbrados a las velocidades y poseen valor y sangre fría. Además ya tienen profundos conocimientos en el cuidado, reglaje y composición de los motores, ventajas de un valor inmenso para la efectividad de los servicios aéreos del ejército.

Rickenbacher asegura que cuenta con un número no menor de 50 colegas que se alistarán voluntariamente en la aviación militar.

CARRERA EN CUESTA EN CALIFORNIA.

En San Francisco de California se celebró un concurso de automóviles en el monte del Diablo, sobre un recorrido de 10 millas de dura cuesta que se tenía que subir en marcha directa. Salió vencedor un coche King de turismo, al que se le concedió el trofeo Oakland Tribune.

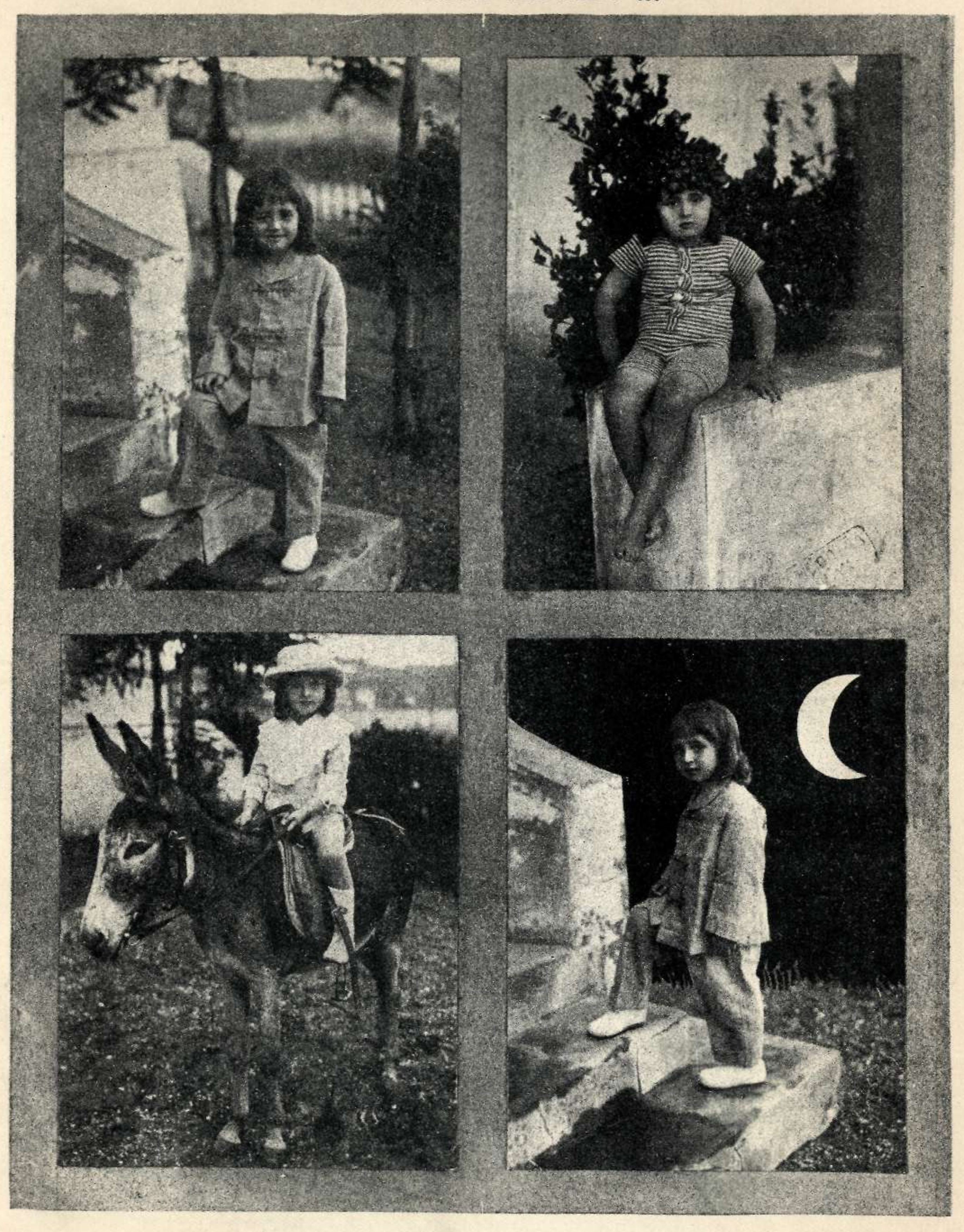


AUTOMOVIL WESTCOTT
DE Mr. GUSTAVO SCHOLL, SECRETARIO DE LA LEGACION AMERICANA.

PRUEBA DE LENTITUD.

Para demostrar la lentitud de marcha que podría conseguir un coche Saxon 6 cilindros en marcha directa, en la pista de Ascot (Los Angeles) hizo la prueba, corriendo durante 24 horas consecutivas con la palanca del cambio de marchas separada y sellado el cambio en marcha directa. La demultiplicación en el eje trasero era la corriente: $4\frac{3}{4}$ por 1. En las 24 horas de prueba recorrió solamente 68 millas, o sea un promedio de 2.9 millas por hora. El coche, que era un modelo de turismo, llevaba el equipo completo.

"¡DICHOSA EDAD!"...



El modelo de estas artísticas fotografías es un hijo del Sr. "Panchito" Alvarez, muy popular en la colonia cubana de París.

Cortesía del Sr. Claussó.

"No se te acuerda de los dulces juegos ya de nuestra niñez", decía Garcilaso recordando sus primeros años; y nosotros ahora, en este número del mes en que comienza para nosotros la primavera, queremos traer también con estas bellas "poses" fotográficas, breve rayo de luz y de alegría primaveral. "¡Dichosa edad aquella!"...

LA MODA FEMENINA



Cuatro elegantes figurines que nos envía la International Film Service, de las grandes casas de la Quinta Avenida.

ARTICULOS DE IMPORTACION

ESOS CONCIERTOS CLASICOS...

Cómo le *suenan* a los vecinos de los bajos. C. W. Kahles en "Judge"

MOMENTOS TRAGICOS.



Señora gruesa—(al ser presentada a los recién casados): Espero que sean ustedes tan felices como nosotros. Gibson en Life.

EL GUANTE

POR JUAN FEDERICO SCHILLER.

En el circo a donde van a combatir los leones está sentado el Rey Trauz. En torno suyo los grandes personajes del Imperio y en los elevados balcones forman las damas brillante guirnalda.

El Rey hace una señal. Abrese la jaula de los terribles animales y un león avanza lentamente; pasea sus miradas a su alrededor, bosteza, sacude su melena, y se tiende en la arena. Hace el Rey otra señal; otra puerta se abre y de un salto impetuoso penetra en el circo un tigre. Al aspecto del león, ruge, agita la cola, da vueltas a su alrededor y con un ronco murmullo se extiende a su lado.

El Rey hace otra señal: entonces la jaula vomita a la vez dos leopardos que se lanzan furiosos sobre el tigre. Este los recibe en sus poderosas garras. Se levanta rugiendo; luego hay un gran silencio, y los leopardos se tienden en la arena empapada en sangre.

En este momento cae entre el tigre y el león el guante de una linda mano...

La noble Cimegunda se dirige hacia el caballero de Lorges y le dice con aire burlón:

—Caballero, si vuestro amor es tan ardiente como me decíais hace poco, id a buscar mi guante.

El caballero baja apresuradamente, se adelanta con paso firme por la terrible arena, y su atrevida mano coge el guante en medio de los dos monstruos.

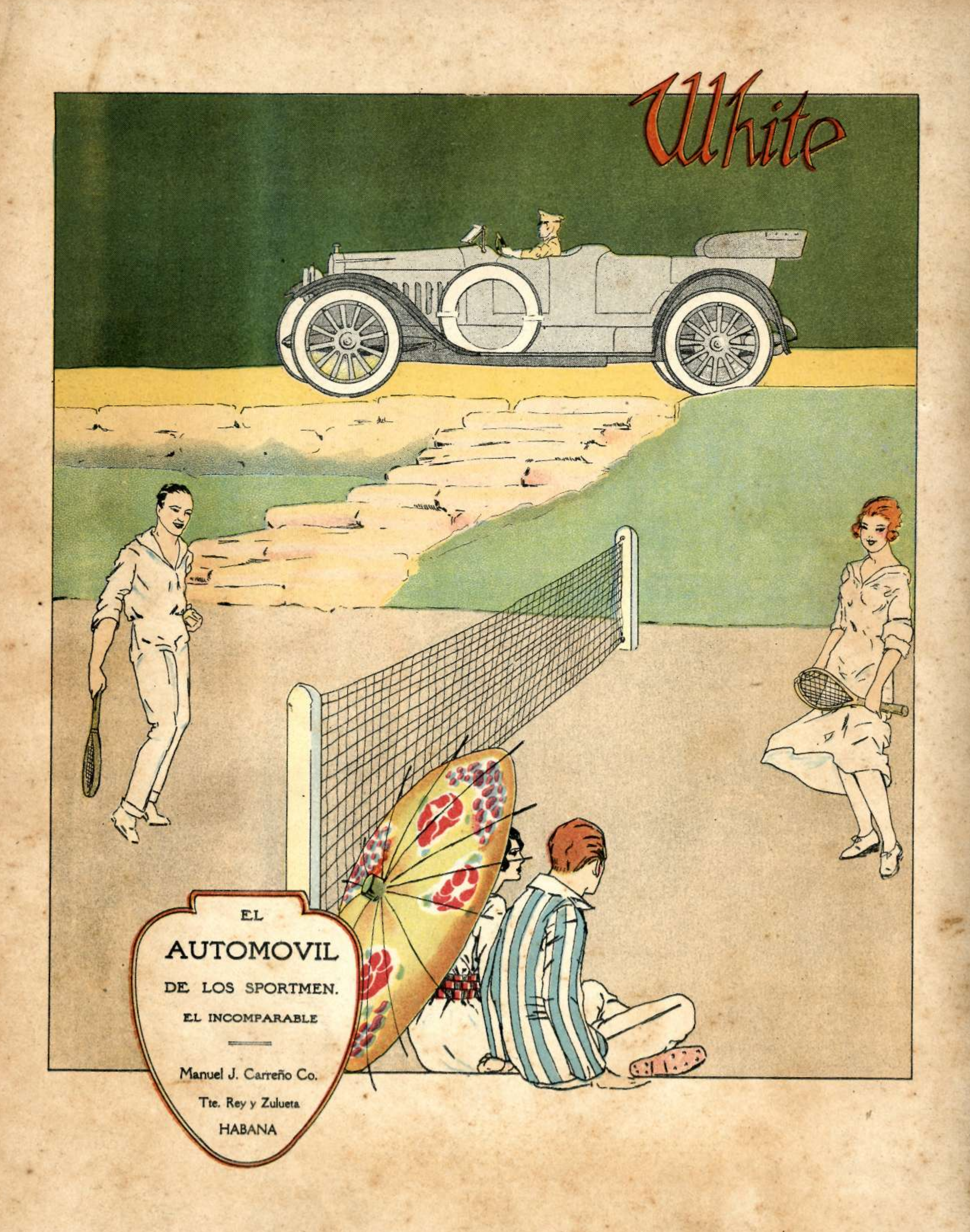
Los caballeros y las damas lo miran con sorpresa y terror, y cuando trae serenamente el guante, la alabanza se escapa de todas las bocas. Cimegunda lo acoge con una tierna mirada que le anuncia una felicidad cercana. Pero el caballero, arrojándole al rostro el guante, le dice:

—No quiero vuestro reconocimiento...

Y al instante se separa de ella.







INSTITUTO DE ARTES GRAFICAS DE LA HABANA
CALZADA DEL CERRO 528, HABANA, CUBA.